6672

FRANCISCO SERRANO ANGUITA

MANOS DE PLATA

COMEDIA EN TRES ACTOS

PRIMERA EDICIÓN

MADRID
1 9 3 0

257105

4

Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/manosdeplatacome525serr

MANOS DE PLATA

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado, o se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados, exclusivamente, de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad

---

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suede, la Norvège et la Hôllande

---

Copyright by F. Serrano Anguita, 1930.

Queda hecho el depósito que marca la Ley.

FRANCISCO SERRANO ANGUITA

MANOS DE PLATA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

PRIMERA EDICIÓN

Se estrenó en el Teatro Lara, de Madrid, el día 8 de marzo de 1930, para beneficio del primer actor, Manuel González.

MADRID
Sucesor de R. Velasco, Marqués de Santa Ana, 11 dup.°
TELÉFONO 10500
1930

A la sagrada memoria de mis padres.

PACO.

675549

REPARTO

PERSONAJES	INTÉRPRETES
REMEDIOS	Leocadia Alba.
AMALIA	Carmen Carbonell.
MARTINA	Concha Catalá.
VALLE, LA ECIJANA	Soledad Domínguez.
ANGELITA	María Lola Argenti.
AGUSTIN	Manuel González.
RAFAEL	Antonio Vico.
ZACARÍAS LOCATELLO	Gaspar Campos.
PEPE	Roberto Samsó.
DON JOSÉ CABRERA DE ARMENTEROS, BARÓN DE HINOJOSA DE LA SIERRA.	Antonio Torner.

La acción de la comedia, en Madrid y en nuestra época.

Las indicaciones, del lado del actor.

ACTO PRIMERO

Se desarrolla esta comedia en un gabinete amplio y claro, con balcón en el lateral derecha, puerta al foro y otra puerta en el lateral izquierda. El mobiliario es bueno y de precio, aunque no se ajusta a ningún estilo, y menos que a ninguno al que priva en la actualidad. Hay en todo, muebles, lámparas, alfombras, cortinajes, etcétera, una abigarrada confusión que revela que la casa se ha ido amueblando poco a poco. No faltan la vitrina con sus cachivaches, los viejos retratos familiares, la mesita de centro y otros detalles hoy fuera de tono. Hay también, junto a un cómodo butacón, una mesita baja, de fumador. Desde luego, todo ha de dar sensación de bienestar. La acción comienza en las primeras horas de una noche del mes de noviembre.

—

(Cuando se alza el telón, la escena está desierta y casi a obscuras, sin más resplandor que el del alumbrado público que entra por las vidrieras del balcón. Se oye dentro, hacia el foro, el repique de un timbre, e inmediatamente entra por dicho foro MARTINA, mujer de cuarenta y tantos años, ama de llaves o criada de confianza de la casa, todavía frescota y de buen ver. Enciende la lámpara que pende del techo y dice, alzando un poco la voz:)

Martina ¡Amalita!... ¡Rafael!... Salid pronto, que ya están aquí.

(Una pausa muy corta, y por la izquierda salen AMALIA, linda y elegante muchacha de diez y ocho a diez

y nueve años, y RAFAEL, un galán que acaba de cumplir los veinte.)

Amalia ¿Que han llegado?
Martina Sí, mujer; daos prisa.
Rafael ¿Los dos?
Martina ¡Pues claro que los dos!... ¡Qué cosas tienes!
Rafael Podían haberse divorciado en el camino...
Martina ¡Anda, bárbaro!... (Se va por el foro.)
Amalia ¡No caerá esa breva!

(Amalia y Rafael siguen a Martina. Se oye dentro el bullicioso rumor de una charla, con risas y frases sueltas de: «¡Cansadísima!» «¡Ay, hija, gracias a Dios!», y otras que no llegan a percibirse claramente. Luego entra en escena, por el foro, ANGELITA, doncella de la casa, que trae una gran maleta y un lío de mantas. Se va por la izquierda y vuelve a salir, ya sin el equipaje, para hablar cuando se indique. Llegan a continuación: MARTINA, que trae dos maletines y otros paquetes; AMALIA y RAFAEL y REMEDIOS y AGUSTÍN. Son éstos los personajes centrales de la fábula. Remedios se aproxima ya a los sesenta años y carece de atractivos para seducir a nadie; es vulgar, sencillota, casi ordinaria. Viste un abrigo de viaje de tonos claros y un vestido de color amarillo rabioso. Lleva un sombrero «cloche», anudado al cuello con un llamativo lazo de gasa, y estos y otros detalles de absurda elegancia hacen más desdichada y ridícula su figura, aunque la actriz huirá de lo grotesco, porque Remedios no será grotesca en ningún momento. Agustín, marido de Remedios en segundas nupcias, es diez o quince años más joven que ella. Ha sido un real mozo, y conserva la planta fachendosa y el aire presumido. Bigotillo recortado, para disimular las canas, que le blanquean ya por las sienes en el pelo, muy planchado y estirado hacia atrás. Traje de buen corte y gesto de hombre que está en todo «al cabo de la calle». Remedios viene entre sus dos hijos, en cuyos hombros se apoya amorosamente.)

Remedios (A Amalia y Rafael.) ¡Destrozada, hijo! No os podéis figurar qué ajetreo. ¡Ha sido no parar!

Amalia Lo comprendo, mamá. Estos viajes así...

Agustín (A Remedios.) Vamos, calla, mujer. Era tu falta de costumbre.

Remedios No digas. ¡Mira que en Granada, la visita a la Alhambra!... ¡Qué día, hijos, qué día!... Eso sí, delicioso, de ensueño... ¡Qué palacios!... ¡Qué jardines!... ¡Qué fuentes!... ¡Qué mirador de Lindaraja!... ¡Qué baño de la Sultana!... Y luego, el bosque, el murmullo del agua, el viento entre los árboles, y los mirlos, las tórtolas, los ruiseñores...

Rafael Y algún que otro loro...

Agustín No hagáis caso a vuestra madre. Es una romántica.

Amalia Claro. Y usted no lo es, don Agustín.

Remedios ¡Huy, qué mal suena el «don Agustín»! ¡No le llames así!...

Amalia ¿Cómo, entonces?

Remedios Verdaderamente... Es que eso del don... Y tampoco Agustín a secas, porque... (A Agustín.) Mira, una dificultad en la que no habíamos caído.

Martina (Que ha oído en silencio la charla, a media voz.) ¡Vaya por Dios! (Más alto y como fastidiada por el diálogo.) Bueno, ¿dónde van estos paquetes?

Remedios Es verdad, Martina, que te tenemos ahí de plantón... Es que estoy como atolondrada... Hazte cargo...

Martina (Que habla muy recortada y castizamente, a lo madrileño.) ¡Desde luego! .. Que no sabe usté lo que la pasa, ni lo que se la ha venido encima. ¡No que no!...

Remedios (Como intimidada por el tono burlón de Martina, y procurando desviar la charla.) ¿Te han dado mucho que hacer estos diablos?

Martina Ya los conoce usté. Puede que a usté le den más guerra. Porque una, con to y quererlos mucho, se sabe imponer. En fin, ¿dónde pongo esto?

Remedios No sé, mujer... Mira, ponlo en la alcoba.

Martina ¿También lo de...? (Indicando a Agustín.) Calculo que yo sí podré llamarle don Agustín...

Remedios (Despidiéndola.) ¡Anda, que tienes unas ocurrencias!...

Martina (Iniciando el mutis hacia la izquierda.) No; que si no, ya me dirán el tratamiento. (A Angelita, que ha vuelto a escena y permanece inmóvil, oyendo el diálogo.) Y tú, ¿qué haces? Enterándote de lo que no te importa, ¿verdá? Y a lo mejor, la mesa sin poner, aunque los señores quieran cenar.

Agustín Lo hicimos en el tren.

Martina Es igual. (A Angelita.) A tu puesto, que los señoritos sí cenarán. Ahora voy yo. Y ten cuidao cuando el mozo traiga el baúl.

Angelita Como usted diga. (Se va por el foro.)

Martina ¡Toas estas galochas son iguales! Se les pasea el alma por el cuerpo. Na más se les vuelve fisgar, pa contarlo luego por la radio en la portería, y que se sepa si las cosas son así o asao. ¡Si las conoceré yo!... (Y se va, al fin, por la izquierda.)

Remedios (A Agustín, por Martina, cuando ésta se ha ido.) Nos quiere mucho, la pobre. Con sus cosas, claro está; pero nos quiere. Entró a servirnos a poco de casarme yo.

Amalia (Rápida.) Por primera vez.

Remedios ¡Naturalmente!... ¡Qué niña ésta!... (A Agustín.) Lo que te decía: es como de la familia. Ha visto nacer a éstos y no ha querido abandonarnos .. ¿Tú sabes los quebraderos de cabeza que me ha evitado, con lo resuelta que es? Y por los chicos tiene ceguera. Bien pueden decir que tuvieron dos madres.

Rafael (A Agustín.) Ya ve usted, todo a pares: dos papás, dos mamás...

Remedios (En una reconvención que es casi una súplica.) ¡Rafaelito!... (A Agustín.) Ya irás conociendo a Martina, como a todos, y acabarás queriéndola, porque se hace querer.

Agustín (Con mucho desparpajo, mucha simpatía y mucha volubilidad, como el que habla sin meditar lo que dice.) Desde luego. ¡Qué más puedo yo desear sino eso!... Que todos me quieran, como yo empiezo a quererlos. De sobra me doy cuenta de mi situación. Tus hijos... ¿qué van a hacer ellos? Me reciben como a un intruso...

Remedios (Protestando, ya que los otros no lo hacen.) ¡Calla, hombre!... ¡Ni lo pienses!

Agustín Pero ¡si es natural!... Así prueban que te quieren, puesto que les inquieta que alguien venga a quitarles un poco de tu cariño... Ya se convencerán de que el cariño, por mucho que lo repartamos, no amengua nunca. Yo, si no pretendo ser para ellos otro padre, como decía Rafael, sí seré un amigo, un camarada...

Remedios (Emocionada, a sus hijos.) ¿Oís?... ¿Oyes tú, Rafael?...

Rafael Ya, ya veo que ha entrado en la familia don Antonio Zozaya.

Agustín (Celebrándolo.) Eso tiene gracia. (A Rafael.) Sé que eres muy inteligente y muy ingenioso.

Remedios Dí mejor muy pícaro.

Agustín ¿Qué picardías puede hacer? (A Rafael.) ¿Muchas novias?...

Rafael (Pavoneándose y atraído, a pesar suyo, por la simpatía de Agustín.) ¡Hombre!...

Agustín ¡Haces bien!... Ten todas las que quieras, que mujer no tendrás más que una... y con ella las pagarás todas juntas.

Remedios ¡No, Agustín!... ¡Lecciones de esas, no!

Agustín (A Rafael, siempre risueño.) ¿Sableas a mamá? Ahora nos sablearás a los dos, y tocaremos a menos. ¿Te diviertes? Es lo natural... En fin, seremos buenos amigos. ¿Verdad que lo seremos? (Rafael, vencido, sonríe, y Agustín, siempre con su gesto frívolo, se vuelve a Amalia.) Y esta cieguecita, también... ¡Lástima que no tengas ojos! Me explico que cuando hagas un guiño acudan de golpe los galanes... Ya me dirás tú a cuáles hay que espantar y con quién tengo que hacerme el distraído. (Riendo de muy buena gana.) ¿Te ruborizas? ¿Hay ya gorrión en la jaula?

Remedios (Jubilosa.) ¡Qué me alegra oírte! .. Pero si empiezas con estas blanduras...

Agustín Mujer, si tú no quieres que me llamen don Agustín, tampoco quiero yo que me llamen padrastro.

(Mientras Remedios, gozosa, bromea con Agustín, Rafael dice a Amalia:)

Rafael No se puede negar que es un tío simpático.

Amalia Yo diría que un fresco.

Rafael Pero simpático. ¡Vaya mano izquierda!

Remedios (Siempre bromeando con Agustín, y en tanto se quita el abrigo y el sombrero.) ¡Mira, te temo cuando empiezas!... Mejor es ir quitándonos estos arreos...

Amalia (Asombrada al ver el traje amarillo de su madre.) ¡Jesús! Pero... ¡mamá!...

Remedios (Azorada,) ¿Qué pasa?

Rafael ¡Qué trajecito! Creí que habían encendido más luz. ¡Es que deslumbra!

Remedios ¿También vosotros con el dichoso vestido? ¡Pues estamos listos!

Agustín (A los muchachos.) Ha dado el golpe en el viaje. Nos apeamos en Espelúy para tomar un refresco, y...

Remedios ¡Cállate! ¡No lo digas!

Rafael (Curioso, a Agustín.) ¿Qué fué? ¡Ande, cuéntelo!

Agustín Yo, no; yo, callado. Que lo cuente ella.

Amalia ¡Dínoslo, mamucha!

Remedios ¡Si no fué nada!... Una estupidez, una grosería de un zafio. (A Agustín y deseando contarlo.) ¿Ves tus cosas?... (Ante las carantoñas de sus hijos.) ¡Qué pesadez!... Total, uno que, al verme, le dijo a un mozo de la estación: «Oye, Manué, ¿a qué hora ha aterrisao er Pájaro Amariyo? ¡Míralo, con polisón y to!...» (Todos ríen.)

Amalia (Palmoteando.) ¡Graciosísimo!

Remedios ¡Eso! ¡Reíos de vuestra madre! (A Agustín.) ¡Y tú también! ¡Si soy tonta!... Anda para adentro, que me parece que ya tenemos en casa otro chico... (Inicia con Agustín el mutis hacia la izquierda, y dice, volviéndose hacia sus hijos:) ¡No os riáis más, que gozáis sacándole a una todos los colores! Los del vestido y los de la cara... (Viendo que los muchachos ríen aún, y acabando por reír también ella.) Bueno; mañana mismo lo mando teñir. De morado, igual que un nazareno. Así, como no me llamen el «Jesús del Gran Poder»...

(Se va con Agustín por la izquierda. Quedan solos Amalia y Rafael, que, pasado el hervor de la risa, se miran el uno al otro con cierta amargura.)

Amalia ¡Hay que ver!

Rafael ¡Estamos lucidos! ¿Quién iba a figurarse esto? ¡Anda, que es una luna de miel retrasada!

Amalia ¡Hay que ver!

Rafael Y no sé qué será peor... Porque, luego, cuando este vivo tome confianza... Se hará el amo de la casa. ¡Qué duda tiene! ¡Si está mamá hecha un tocino del cielo!

Amalia ¡Hay que ver!.. ¡Hay que ver!...

Rafael (Amoscado.) Oye, niña; eso, con música de «La montería».

(Por el foro llega MARTINA.)

Martina Vosotros diréis si vais a cenar o no, que son ya las mil y to anda en la casa manga por hombro. Y, ¡vamos!, no creo yo que la cosa sea para tanto.

Amalia ¿No ha de serlo, Martina? ¿Te parece a ti bien? ¿No es una vergüenza?...

Martina ¡Tanto como una vergüenza!... Un asquito no diré que no, porque... ¿cómo iba yo a figurarme que tu madre, a sus años y sin necesidá, se metiera en estos trotes?

Rafael ¡Bien la ha conquistado!

Martina Un charrán con labia y con ángel. Y las mujeres, que somos tontas y parece que buscamos la charraná... Algo sé yo de eso, no vayáis a creeros. Por supuesto, ¿de qué no sabré yo? Lo que os digo; que Dios la libre a una del charrán que suelte un piropo a tiempo.

Rafael ¿Vamos a ver con calma que ese hombre mangonea a su antojo y dispone de lo que no es suyo, de lo nuestro, de lo que ganó mi padre y dejó para nosotros? ¡Ea, que no! ¡Que en esto tendría que intervenir la Justicia!

Martina ¿Qué tonterías estás diciendo, criatura?

Rafael Que entre las tragaderas de don Agustín y

el embobamiento de mi madre, ya verás cómo nos quedamos a pedir por puertas.

Martina Y una en la higuera, ¿verdá? Ese don Juan desteñío podrá dársela a tu madre, porque es pura mantequilla, que parece de Soria; pero... ¿a mí, que soy de Madrí? ¡Anda, que no voy yo a estar poco alerta! Sin Juzgaos ni pamplinas, que eso no sirve de na, máxime cuando el difunto dejó escrito que tu madre podía volverse a casar cuando quisiera, sin que tuviese que rendir cuentas hasta que fuéseis mayores.

Rafael ¡Pero hay un Consejo de familia!

Martina Dinero es lo que hace falta y no consejos, como decía el otro... Sin acudir a jueces le descubro yo el juego, no a don Agustín, hasta a doña Agustina de Aragón, que en paz descanse.

Rafael Oyéndote a ti, todo parece fácil.

Amalia Pero a todos nosotros nos dará él cien vueltas.

Martina Bueno; tampoco es la primera vez que una viuda que está pa sopitas y buen vino se atortola con un tío que se peina con plancha eléctrica. Vete tú a saber si él es una hermanita de los pobres que viene a hacer una obra de caridá. (Empujando hacia el foro a Amalia y a Rafael.) Conque andando a cenar, que tiempo hay pa to y se enfría el ragú.

Rafael (Que ya iniciaba el mutis con Amalia.) ¿Ragú? ¡También podías haber hecho otra cena!

Martina (De buen humor.) ¿Qué más da, si ponga lo que ponga, en esta casa to es ya un guisao?

(Se marchan los tres por el foro. Hay una breve pausa, y sale por la izquierda AGUSTIN, que se ha quitado la americana y se ha puesto una elegante bata. Va a sentarse en un sillón; saca la petaca, hace un gesto de contrariedad al encontrarla vacía, duda un momento y, al cabo, toca el timbre que hay en la pared. Pasados unos segundos, llega MARTINA por el foro.)

Martina ¿Llamaba usted?

Agustín Sí, oiga... ¿Hay tabaco?

Martina En el estanco, supongo.

Agustín (Un poco desconcertado.) Sí, claro... Es que se me acabó y me doy cuenta ahora. Si pudiesen ir por él...

Martina ¡Ya lo creo! ¿Le pido el dinero a doña Remedios?

Agustín Es igual; pero que lo traigan pronto, que estoy rabiando por fumar.

Martina Si le parece, mientras lo traen, le pediré un cigarro a Rafaelito... (Rectificándose.) Digo, al señorito Rafael. ¡Que no se me va la costumbre de llamarle como si fuese un crío!

Agustín Lo que usted quiera.

Martina Pues, con el permiso... (Sale Martina.)

Agustín (La ve marchar. Hace un gesto en el que se mezclan la inquietud y el desenfado, y dice:) Me parece que ésta... ¡Vaya lagarta!... (Engallándose.) Pero... ¿vas tú a achicarte, Agustín? (Otra pequeña pausa.)

(Por el foro vuelve MARTINA, que entrega a Agustín todo lo que enumera.)

Martina El cigarro... Un papel... Las cerillas... Y dice la señorita Amalia que, si no le gusta ese tabaco, que es de a peseta, ella le dará «egicios» de los suyos.

Agustín ¡Ah! ¿La señorita fuma?...

Martina Usté calcule. Vicios que se ponen de moda, tos. Fumar, beber « coteles », jugar al «pocker», tomar baños de sol, leer la historia de Don Quijote... Siendo un vicio y dando postín, aunque reviente.

Agustín Es usted muy buena observadora. Y muy simpática, Martina.

Martina Madrileña.

Agustín Como yo.

Martina Lo había notao.

(Breve pausa.)

Agustín Se ve que quiere usted a la señora.

Martina Son muchos años de brega juntas. Por cualquiera de la casa dejo que me maten.

Agustín ¡Magnífico! Es lo que más podía compla-

cerme: encontrar en esta familia modelo una servidora adicta a los amos. Usted y yo nos entenderemos muy pronto. (Martina no puede contener una sonrisa burlona.) ¿De qué se ríe usted?

Martina (Con cierto desgarro.) No se le va a usté na.

Agustín Madrileño, digo yo ahora.

Martina Me reía de pensar que no ha acabao usté de casarse y ya quiere entenderse conmigo.

Agustín Tiene usted agudeza... ¡Para que no nos entendamos!... Yo quiero que aquí me entienda todo el mundo. Cuento con que usted me ayude. Mi deseo es que no haya la menor desavenencia. No vengo a cambiar nada.

Martina (Aparte y muy rápida.) Se lo llevará to en billetes...

Agustín (Cazándola al vuelo.) ¿Decía usted algo?

Martina Que, por mi parte, ¡a la de tres! ¿A qué está una sino a vivir lo mejor que se pueda?

Agustín ¿La tengo entonces por aliada?

Martina ¿Cómo?...

Agustín (Marcando las sílabas.) Por a li-a-da.

Martina ¿Eso es algo de lío?

Agustín (Riendo.) No, mujer.

Martina Pues, no siéndolo, como usté mande. Yo sé estar en mi sitio. Algo gruñona sí que soy, y a lo mejor oirá usté que armamos un caramillo que parece que se va a hundir el mundo; pero usté no nos haga caso, porque to se arregla luego por las buenas.

Agustín Como debe de ser.

Martina Sí, señor; como debe de ser. A malas no hay na que se logre...

(Corta el diálogo la llegada de REMEDIOS, que viene por el foro. Ha cambiado de ropa y viste una sencilla bata obscura, sin lazos ni arrequives, con lo que ha recobrado su aspecto de mujer de su casa, reposada y modesta. Trae un paquete de tabaco habano y un cigarro puro de precio.)

Remedios (Al entrar.) Perdona, Agustín; no había yo caído en lo del tabaco. ¡Me dió una rabia saber que lo echabas de menos!...

Agustín ¡Quita allá, mujer! No tiene importancia.

Remedios Pero descuida, que no te faltarán tus cigarros. Yo, antes, sabía liarlos...

Martina Y, si hace falta, yo echaré una mano, que de pequeñaja estuve una temporada yendo a la fábrica con mi madre.

Remedios (A Agustín.) ¿No te digo que Martina es un tesoro? Pues ya verás el café que te hace. Y aquí tienes el puro que te vas a fumar con él. (Le da el cigarro y deja sobre la mesa el paquete de tabaco.)

Agustín Mujer, ya es demasiado... (Insinuante) El café pensaba tomarlo en el Círculo.

Remedios ¡Deja! Tómalo aquí... (Antes de que Agustín pueda torcer el gesto.) Luego te vas al Círculo y allí lo tomas otra vez... para que notes la diferencia.

Agustín Si es gusto tuyo...

Martina Voy a aviarlo, que ya creo que habrán despachao la cena los chicos. (A una mirada de Remedios.) ¡Bueno, los señoritos!

Remedios Anda, y a ver si te esmeras esta noche.

Martina ¡Figúrese! ¡Como pa quien es! ¡Pa el sultán de la Persia! (Se va Martina por el foro.)

Agustín ¡Gran tipo esta Martina!

Remedios Muy buena, ya te lo he dicho. Eso sí, con un genio que es una pólvora. Pero me ha servido de mucho en esta vida.

Agustín Me lo figuro, y sólo por eso ya me es simpática.

Remedios ¡Cuánto me alegra oírte hablar así!

Agustín ¿Pues qué esperabas?

Remedios ¡Qué sé yo!... Al principio, es natural, todo son tropiezos. No ya con Martina; con mis propios hijos. Ellos no comprenden...

Agustín ¡Ya comprenderán! No te quejarás de mi actitud.

Remedios ¿Quejarme? Si acaso, de la de ellos. Aunque, bien mirado, los pobres creen tener razón, porque no se explican esto nuestro. Yo nunca quise decirles la verdad. ¿Para qué iban a saber los apuros que pasaba, la de veces que me han engañado, los malos ne-

gocios en que unos y otros me metieron? Ellos tienen bastante con creerse ricos.

Agustín (Después de lanzar a Remedios una mirada inquieta, con temor apenas perceptible.) ¿Y no lo son?...

Remedios Sí, desde luego... Sólo que .. ahora ya puedo confesártelo, yo siempre fuí una mala administradora. Todos hacen de mí lo que quieren, y no ha entrado nadie en esta casa que no viniera a llevarse algo.

Agustín ¡Pobre Remedios! ¿Y en esta situación vengo. yo?...

Remedios ¡La de asuntos disparatados que yo acepté como una tontal... Hijo, me los presentaban tan claros, que creía que por dos mil pesetas me iban a dar el Banco de España. Con acciones de Empresas fracasadas podríamos empapelar este piso.

Agustín ¿No tenías alguien que te dirigiera?

Remedios ¿Quién? Mis hijos eran pequeños. Martina, contando más allá de cien reales, se hace un lío. Por eso, al conocernos e interesarte tú por mis asuntos, dándome buenos consejos, fué como si me abrieran el cielo. Y luego, al decirme tus pretensiones, estaba tan escarmentada que no quise consultar a nadie.

Agustín En eso hiciste bien.

Remedios Resolví yo solita. ¡Ya comprendía que no estabas enamorado de mí!

Agustín ¡Remedios!...

Remedios ¡Vaya! Tonta, pero no hasta ese extremo. ¿Enamorar yo, con mis años? ¡Quita, por Dios! Tú vivías solo, harto de rodar por ahí. Viste que se acercaba la vejez—no es que te llame viejo—y que necesitabas reposo, tranquilidad... Eso podía yo dártelo. Y tú, en cambio, me traías la salvación, el orden en mi casa, el arreglo de mis asuntos. Evitarías que, al rendir cuentas a mis hijos, tuviese yo que confesarles que no supe administrar lo que es suyo... Créeme; éste es el único negocio bueno que he hecho en mi vida.

Agustín Mujer, hay algo más que negocio...

Remedios (Bondadosa.) No nos engañemos. Bien que se engañen los demás, incluso los chicos, que

piensan que he perdido la cabeza y que soy una viuda alegre sin música.

Agustín ¡Qué cosas tienes!...

Remedios ¡Si no me importa que lo crean!... ¿No he contribuído a ello? ¿No me he puesto en ridículo con arreglo a la moda? ¿No me he vestido de colorines y he aguantado todas las bromas que han querido darme? Pero ya se acabó. Ahora, nuestra vida normal, sencilla, sin estorbarnos el uno al otro. Yo, en casa, con mis trajines y con mis manías de vieja de otra época. La ropa obscura, la misa diaria, la compra, las peleas con Martina y los muchachos... Y tú, a nuestros asuntos: a deshacer toda esta maraña de que fuí víctima. ¡No, no creas que es floja labor!

Agustín (En el tono frívolo del hombre que no siente lo que dice.) Y yo la haré con toda mi alma. Pero en nuestra vida ha de haber otras cosas: el afecto mutuo, el apoyo, la simpatía, el deseo de ser felices...

Remedios (Con serenidad que contrasta con el aire banal de Agustín.) Si eso ha de venir, ya vendrá... y bendito sea Dios que nos lo concede. Ahora nos basta con ser sinceros. Es lo mejor, hombre. ¿Por qué voy a negar que puedes quererme..., (Con graciosa timidez.) si he empezado a quererte yo, sólo de gratitud por este sacrificio de cargar conmigo? (Echándolo a broma.) Pero, ya que es carga, que no sea pesada. No me colgaré de tu brazo, ni iré por ahí presumiendo de tener un marido buen mozo. ¡En casita, en casita! A hacerte cigarros, a cuidar de que tu café esté a punto y tu ropa dispuesta, a no serte enojosa nunca. (Con una gran emoción, que acaba en llanto silencioso.) Tú, en cambio, completa esta buena obra. Mírate, no en mí, sino en mis hijos, los pobres... Porque es por ellos, es por ellos... Lo sabes tú, y lo sabe también quien debe saberlo... Y que hable la gente, y que nos juzgue Dios... Y perdona que esto concluya en lágrimas, que no sé si son de

pena, o de alegría, o de la vergüenza que me costó decir todo esto.

Agustín (Un poco desconcertado.) Pero, Remedios... ¿Vas a llorar, mujer? ¡Vamos, no seas chiquilla! ¿A qué viene esto? ¡Mira que si te viesen!...

(Por el foro entra ANGELITA, que trae una tarjeta en una pequeña bandeja.)

Angelita (Desde la puerta del foro.) Señor...

Agustín (Volviéndose rápidamente, mientras Remedios procura serenarse.) ¿Qué pasa?

Angelita (Avanzando y entregándole la tarjeta.) Este caballero desea verle.

Agustín (Sorprendido.) ¿A mí? (Leyendo la tarjeta.) ¡Caramba, Zacarías! (Como si le contrariase la visita.) ¡Qué oportunidad! Dile que pase.

(Se marcha Angelita.)

Remedios ¿Quién es?

Agustín Zacarías Locatello, un pobre hombre al que protejo, y que me ayuda en algunos asuntos.

Remedios ¿Crees que debo irme?

Agustín Por mí, haz lo que quieras. Puede que te aburras.

(A Agustín le agradaría que Remedios se marchase; pero ya no hay tiempo, porque por el foro llega ZACARIAS, acompañado de ANGELITA, que le cede el paso y se va acto seguido. Este Zacarías es un hombre que vive como puede, y puede muy mal. Apela a todos los recursos imaginables para sacar dinero y no repara en pequeñeces. Ha sido en este mundo todo lo que hay que ser; pero se dedica con preferencia al corretaje de negocios de usura. Viste muy modestamente, con ropas anticuadas y que antes pertenecieron a otros; sin embargo, él se esfuerza en aparentar un gracioso aire de elegancia. Su rostro revela toda la picardía de su espíritu, aunque, cuando le conviene, finge ser un infeliz.)

Zacarías (Desde la puerta.) Buenas noches.

Agustín (Saliendo a su encuentro.) ¡Pasa, Zacarías! Esperaba tu visita, pero no tan pronto. Acabamos de llegar.

Zacarías (Abrazándole con exagerada efusión.) Yo soy de los leales. Se me hacía ya tarde para darte la enhorabuena. (Saludando a Remedios con una profunda reverencia.) A sus pies... (Y, todo cinismo, pregunta a Agustín:) ¿Hija de tu esposa?...

Remedios (Entre ruborosa y escandalizada.) ¡Por Dios!...

Agustín ¿Qué dices? (Haciendo la presentación.) Mi esposa misma: Remedios. Mi amigo Zacarías Locatello, o «Sacarás lo que puedas», que es como solemos llamarle.

Zacarías ¡Hombre, no empieces! (Besando la mano que le tiende Remedios.) Usted perdone la confusión. No creí que fuese usted tan joven. (A Agustín.) ¡Qué suerte tienes!

Agustín ¡Y que lo digas! ¡He logrado una perla!

Zacarías (Ponderativo.) Y de mucho peso, y con muy buen estuche. (Lanzando una rápida ojeada a la habitación.)

Remedios (A Zacarías, con una sonrisita que prueba que no se traga lo que oye.) ¡Vamos, vamos!... Es usted muy galante.

Agustín ¡Bueno, Zacarías! ¿Qué hay por el mundo? ¿Qué haces?

Zacarías Luchar, como siempre. Esperar a que tú te canses de ser feliz y vuelvas a tu actividad.

Agustín No me cansaré; pero no importa. Tengo grandes planes de trabajo, y te necesito.

Zacarías ¡Maravilloso! ¿Cuánto?...

Agustín ¿Cómo?

Zacarías ¡Que cuánto deseo trabajar contigo! (A Remedios.) Con este hombre no se puede estar ocioso. ¡Es infatigable!

Remedios Ya lo sé. Tiene la fiebre del trabajo.

Zacarías Casi coincide usted conmigo. Yo siempre he dicho que Agustín, cuando trabaja, es porque tiene fiebre.

Agustín ¿A qué viene uno a la tierra más que a eso? «Ganarás el pan...» Sólo con verte, Zacarías, me dan vueltas en el cerebro todos mis proyectos y se me ocurren ideas estupendas.

Zacarías ¡Pues, duro!... ¡Aquí estoy yo!

Remedios (Levantándose.) Veo que se enredan ustedes a hablar de negocios y, para eso, las mujeres somos un estorbo.

Zacarías ¡De ningún modo!

Agustín Al contrario, puedes aconsejarnos.

Remedios ¿Yo? ¡Lucidos estaríais! (A Zacarías despidiéndose.) He tenido mucho gusto... Agustín le dirá que ésta es su casa.

Zacarías (Inclinándose y besándole la mano.) Y yo, señora, soy su esclavo. ¡Le repito mi parabién!

Remedios Muchas gracias. (A Agustín.) Así os quedáis más libres.

Agustín (Acompañándola hasta la izquierda.) Conste que no estorbabas. Para ti no puede haber secretos.

Remedios ¡Ya lo sé, bobo! Pero... lo que te dije antes: cada cual a lo suyo... Hasta ahora.

(Se va Remedios. Mientras ella y Agustín hablaban, Zacarías se puso a curiosear por la habitación y a inspeccionar una de las vitrinas. Coge de ella una figurita de bronce y la examina con atención. Así le sorprende, al volverse, Agustín, que le dice rápidamente:)

Agustín La Venus de la Flecha... Bronce magnífico, copia de Benvenuto. Es un ejemplar valioso, porque escasean mucho. Se paga a buen precio. Déjalo en su sitio y no te lo lleves. Lo echarían de menos.

Zacarías (Soltando la figura.) ¡Hombre, Agustín! ¿Qué te imaginas?

Agustín No es por nada. Es que la figurita es pequeña, tus bolsillos grandes... y tú eres muy aficionado a las bellas artes. (Jovialmente.) ¡Anda, «Sacarás», siéntate y cuéntame cosas! No debiste venir; pero, ya que lo has hecho...

Zacarías Estaba impaciente. Tú me dijiste que en cuanto te casaras hablaríamos. (Golpeándole el muslo y frotándose luego las manos.) ¡Cayó, Agustinillo, «Manos de plata»!...

Agustín (Con recelo.) ¡Chisst! No hables alto.

Zacarías (Extrañado.) ¿Te espían?

Agustín Creo que todavía no. Sin embargo... ¿Quién te abrió la puerta?

Zacarías Una doncella que también es de Benvenuto. Luego salió una buena moza, flamencota y de libras.

Agustín Martina. Esa es de cuidado.

Zacarías ¿Súbdita rusa? ¿Martina Escamadawich?

Agustín Por ahí. Tengo que andar con cien ojos.

Zacarías Pero la sexagenaria...

Agustín Ya la has visto; jalea de manzanas.

Zacarías ¡Entonces!... ¿Los fondos?...

Agustín Seré administrador.

Zacarías ¡Viva España! ¡Qué suerte, «Manos de plata»!

Agustín ¡También cargo con el mochuelo!

Zacarías Ahora, a administrar con limpieza.

Agustín Sí, claro... Supongo que los papeles del Matatías...

Zacarías Aquí los traigo. (Señalando al bolsillo interior de su americana.) Esto es un nicho de la Necrópolis. De aquí no salen hasta que tú lo ordenes.

Agustín Déjalos que duerman un rato... Y a ese Judas, ¿qué vas a decirle?

Zacarías ¡Ese Judas no vuelve a verme el pelo!

Agustín ¿Y si te persigue?

Zacarías ¡Ni te ocupes! Le trae cuenta callarse. ¿No ves que conozco sus secretos? ¡Así que no ha hecho cosas!... Lo que pierda contigo lo ganó de sobra con otros. No se arruina, créeme. Yo soy un hombre de conciencia, un sentimental...

Agustín ¡Ya, ya lo veo!

Zacarías ¡Hay que vivir, Agustinillo! Ahora tienes tú la baraja y yo juego siempre con la banca... ¿Planes?

Agustín Deja que me sitúe. Todavía estoy un poco desorientado.

Zacarías Ya te orientarás. A la buena vida se acostumbra uno pronto, y tú tienes empaque de gran señor. Eso sí, comprendo el sacrificio. El panorama (Trazando en el aire la silueta de doña Remedios.) no es muy agradable.

Agustín No había otra solución. Desde que suprimieron el juego y nos quedamos desarbolados, ya sabes la de tumbos que di. Tú, al menos, encontraste colocación con el usurero, que ni que te lo hubiesen hecho a la medida. Pero yo no sirvo para eso...

Zacarías Sí, tú has sido siempre muy señorito... Señorito de los que no trabajan.

Agustín Recuerda que intenté ser agente de mil cosas... Como agente de seguros vine a esta casa, recomendado por un amigo. Querían que les asegurase los muebles...

Zacarías Y te aseguraste tú.

Agustín No, hombre. Me di cuenta... En el mundo todo está en darse cuenta. Bueno, ¿qué te voy a decir? Aquí había una mina que explotar, y valía la pena tragar el paquete. Un poquito de habilidad, otro poquito de mano izquierda..., y ya me ves. Como en el *Tenorio:* «Mujer muy rica me dan...»

Zacarías Total, que concluíste en agente de matrimonios... ¿Qué piensas emprender?

Agustín Lo primero es hacerme cargo de esto y ver a lo que asciende el líquido.

Zacarías (Bajando el tono, aunque todo el diálogo se mantiene a media voz.) Y bebértelo.

Agustín No hay prisa. Si puedo maniobrar libremente, sin perjudicar a esta infeliz...

Zacarías Claro, claro... Tú eres también un sentimental. Pero... ¿y si no?

Agustín Poniéndose mal las cosas, ¿qué va a hacer uno? Desde luego, búscame negocios.

Zacarías ¿En lo mío?

Agustín ¡Naturalmente! No es cosa de perjudicarte. Todo se reduce a que cambies de capitalista. Lo demás, igual. El dinero sale de aquí, y tú corres con todo..., menos con el dinero, porque ya estaré al cuidado. Y yo, al pairo. Que nadie se entere de que yo actúo. ¡Nadie, ni nuestra sombra!

Zacarías Descuida. Precisamente tengo unos asuntos...

Agustín ¿Buenos?

Zacarías Menores.

Agustín ¡«Don Sacarás», ojo con el Código!

Zacarías No hay miedo. Herencias en perspectiva, ganas de juerga, firmas en barbecho... ¿Te hace?

Agustín ¡Hombre, habiendo solvencia!...

Zacarías ¡No la ha de haber!... Si se aprietan bien las clavijas, y yo me doy buena maña, los papás acaban por pagar. Le rompen una pata al

niño, o le encierran en Santa Rita, o le envían al cuartel; pero pagan, porque como hay documentos falsos y otras bobadas... Y para nosotros, sin compromiso. Lo arregla todo Valle, la Ecijana.

Agustín ¡Buena firma!

Zacarías ¡La pobre!... Está loca de alegría pensando que vas a ser rico.

Agustín Bueno, sí; pero vamos a lo nuestro. Haz esos asuntos, si los ves tan fáciles.

Zacarías Conformes. Cuando los ultime, vendré a pedirte fondos.

Agustín Aquí, no. A los dos nos conviene que no frecuentes esta casa.

Zacarías ¡Caray, Agustín!...

Agustín ¿No ves que somos dos sentimentales?... Nos citaremos en otra parte: en el Círculo, en un café...

Zacarías Lo que tú digas. Sin embargo, yo querría...

Agustín ¿Dinero?

Zacarías Poca cosa. Chico, estoy negro. Necesito unos duros. Dámelos, y ya arreglaremos cuentas.

Agustín Me lo figuraba. El caso es que no sé...

Zacarías ¡No irás a decirme que no tienes esas pesetas!

Agustín ¡Ni para tabaco!... ¡Si acabo de llegar!... Pero, en fin, ven conmigo al despacho.

Zacarías Aquí aguardo.

Agustín No, no; al despacho. Allí no hay Benvenutos. No hay más que libros vulgares, y esos no te interesan. Yo hablaré con Remedios...

Zacarías Conste que me fastidia que desconfíes de mí. Yo soy un caballero...

Agustín ¡Toma, y yo también!... Son muchos años de conocernos, «Don Sacarás»... ¿Vamos a empezar con tonterías?... (Se ha levantado y obliga a levantarse a Zacarías, cogiéndole del brazo y llevándole hacia la izquierda.) No te preocupes... ¿Qué necesitas?

Zacarías Yo creo que con cincuenta duros...

Agustín (Riendo.) ¡Vaya!... ¡No pretenderás poner casa a mi costa! ¡Cincuenta duros, así, de aperitivo!...

Zacarías Oye, que es que...

Agustín ¡No me digas! ¡Que nos conocemos, «Sacarás lo que puedas»! ¡Que nos conocemos!...

(Y se lo lleva por la izquierda. Casi en seguida entran por el foro AMALIA y PEPE CABRERA. Éste es el novio de la muchacha; el gorrión enjaulado que adivinó Agustín. Un chico de los de ahora, elegante y desenfadado.)

Amalia (Al entrar, a Pepe.) Deja a ese pelma, que no acaba nunca. Ya vendrá, si quiere.

Pepe ¿Os habéis peleado?

Amalia Nosotros, no; pero estamos los dos para que nos pidan lo que quieran.

Pepe ¿Por qué?

Amalia ¡Si crees que no hay motivos!... Ahora verás a la pareja, que está que se derrite. Tú ya conoces al nuevo jefe de la familia, ¿no?

Pepe De vista. Un día, en Maipú, me lo enseñó tu hermano. No quise que me presentara.

Amalia Pues ya lo verás. ¡Amo y señor! Mi madre está loca, créeme.

Pepe Pero, en fin de cuentas, ¿a vosotros qué os perjudica?

Amalia ¿No ha de perjudicarnos, Pepito? ¿No ves que ese hombre se va a apoderar de todo? Ya puedes darte prisa y sacarme de aquí, para que, una vez casados, me den lo mío y allá se las arreglen.

Pepe Casarnos... ¡Ya lo creo! ¡A ver a lo que estamos! Sin embargo, uno tiene también sus padres, y hay que contar con ellos.

Amalia ¡No irán a oponerse!

Pepe Tanto como a oponerse, no. Pero una boda así, a la ligera, como si urgiese tapar algo, no creo que les hiciera gracia. Hasta ahora han tomado esto a cosa de muchachos.

Amalia Pues podías hablarles en serio.

Pepe Y les hablaré; descuida. ¡Si es precisamente lo que me preocupa!... Ya te dicho que mi padre, con la manía de su nobleza, es un rancio. Empezará a hacer averiguaciones, a investigar todo vuestro árbol genealógico...

Amalia (Altiva.) ¿Y qué? Aquí no hay pergaminos,

ni títulos; pero no hay nada que nos inquiete.

Pepe ¡Ya lo sé, tonta! Ahora, que como decís que ese hombre..., el marido de tu madre... Yo no tengo de él más noticias que las que vosotros me dais; pero comprenderás que no son muy agradables. Ni sabéis quién es, ni de dónde vino, ni lo que pretende. Un marchoso que se ha llevado en el pico a la buena de doña Remedios, ¿no? Pues figúrate si luego se descubre algo...

Amalia Mira, Pepe, no me lo digas. ¡Sólo faltaba eso! Aun suponiendo que él sea lo que quiera, ¿qué culpa tengo yo, ni qué sangre suya llevo, ni de dónde voy a purgar sus pecados? Tu padre no puede pensar así.

Pepe Ya veremos de convencerle. Por eso, lo mejor es aguardar. Tú no tienes idea de cómo es mi padre. ¡De horca y cuchillo, créeme!

Amalia ¡Déjame de historias! Peor será luego, si damos tiempo a que mi señor padrastro se lo lleve todo. Di que tú tampoco tienes gran prisa.

Pepe ¡No seas niña! Por mi parte, mañana. Y, en último término, si mi familia se pone terca, ya habrá otros caminos.

Amalia Faltará que a mí me convenga seguirlos.

Pepe ¿No te ha de convenir? Queriéndonos los dos, todo es fácil. Y tú me quieres, chiquilla, tanto como te quiero yo...

Amalia ¡Quita, palabrero, cobista, que labia no te falta!

(Por el foro entra RAFAEL, que trae en la mano un absurdo «bombín» de color canela.)

Rafael ¡Mirad qué joya prehistórica he encontrado!

Amalia ¡Jesús! ¿De dónde traes esa birria?

Rafael Del perchero. Es de un visitante del rey de la casa.

Amalia (Reprochándole.) ¡Vete y déjalo en su sitio, loco!

Rafael Lo cogí para que lo viéseis. (Va a irse y Pepe lo detiene.)

Pepe Aguarda. Déjame ese sombrero.

Rafael ¡Oye, Pepín, que todavía no es Carnaval!

Pepe (Después de examinar el sombrero y devolviéndoselo a Rafael.) Yo conozco al dueño de este «bombín».

Amalia ¿Sí? ¿Quién es?

Pepe (Sin querer hablar claro.) Un punto...

Rafael Pero un punto mayúsculo, porque.. ¡hay que ver la cabezota!

Pepe Llévatelo. (Rafael se va por el foro.) Ese sombrero no puede ser más que de Zacarías.

Amalia ¡Si no te explicas mejor!...

Pepe (Con una ligera preocupación, que procura disimular.) Es un punto, ya te lo he dicho. Más claro: un sinvergüenza.

Amalia ¡Pues sí que me sacas de dudas!

(RAFAEL vuelve por el foro.)

Rafael Bueno; y nosotros, ¿qué hacemos?

Amalia ¿Qué vamos a hacer?... ¡Irnos!

Rafael ¡Ole! ¿Para siempre?

Amalia ¡Ojalá!... Por lo pronto, al «cine».

Pepe ¿Tú, también? ¿Con nosotros...?

Amalia ¡Claro! ¡A ver si voy a quedarme aquí esta noche, aguantando el idilio! ¡No, hijos! Tiempo queda para soportarlo. Al menos, hoy, que estén solitos.

Pepe (Mirando a Rafael.) Nos fastidia ésta el plan.

Rafael Pero tiene razón. (A Amalia.) Ahora, que, si has de venir, va a ser al galope.

Amalia ¡Despacho en un vuelo! (Se marcha por la izquierda.)

Pepe (Cuando Amalia se ha ido.) Oye, Rafael...

Rafael ¿Qué ocurre?

Pepe Si el «bombín» es de quien yo me figuro, ya tenemos una pista.

(Se ve pasar por la puerta del foro, de izquierda a derecha, y sin que los personajes que están en escena lo adviertan, a AGUSTIN y ZACARIAS.

Rafael ¿Para qué?

Pepe Para lo de tu padrastro.

Rafael No te entiendo.

Pepe No te preocupes. Debajo de ese «bombín» hay un hombre al que yo conozco mucho.

Rafael Ya me explicarás.

(Llega AGUSTIN por el foro.)

Agustín (Al salir, viendo a Rafael.) Pero... ¿has cenado ya y estás todavía aquí, muchacho? ¡Ay, qué juventud! ¿No se te cae la casa encima?

Rafael Ya nos íbamos. Estaba aquí, con este amigo, esperando a Amalia.

Agustín (A Pepe.) Perdone usted. (A Rafael.) ¿No nos presentas?

Rafael Sí ¿Cómo no? (Haciendo las presentaciones.) Don Agustín... Bueno, ya sabes quién... Pepe Cabrera, camarada mío. Y de Amalia también... Andan tonteando.

Agustín ¡Acabáramos! ¡El gorrión!

Pepe ¿Cómo?...

Agustín Nada; cosas mías... Conque Pepe Cabrera... ¿Hijo, acaso, de don José Cabrera de Armenteros, barón de Hinojosa de la Sierra?

Pepe Exactamente. ¿Le conoce usted?

Agustín (Con un levísimo dejo de ironía.) ¿Quién no conoce al ilustre hidalgo? ¡Gran caballero don José! De otros tiempos, de otros tiempos... ¡Vaya si le conozco! Y ya imagino que la rama se parecerá al tronco. Brote nuevo del árbol viejo. ¡Encantado, Pepito, encantado! (Le palmotea amablemente en la espalda.)

Pepe (Que está desconcertado.) Gracias, señor.

Rafael (A Pepe.) Mira tú por dónde...

(Sale AMALIA por la izquierda, con gabardina y sombrero.)

Amalia Cuando queráis, niños. Vámonos ya y que aquí se arreglen... (Al ver a don Agustín se muerde los labios, y dice, en una rápida transición:) ¡Ah, no le había visto!

Agustín (Benévolo.) Aquí estaba, preciosa. Y concluye la frase... ¿Vas a cortarte en mi presencia? Que aquí se arreglen estos dos viejos tór-

tolos, ¿no? Haces bien, Amalita. ¿Dónde vais?

Rafael Pensamos ir al «cine».

Agustín ¡Magnífico! ¿Cabe nada más honesto? Id cuando queráis... y no os preocupéis por el permiso de vuestra madre. Ibais a pedírselo, ¿verdad? Pues no hace falta. Lo doy yo en su nombre.

Amalia (Con retintín.) Muchísimas gracias.

Rafael (A Amalia y Pepe.) ¡Ea, pues vamos! (A Agustín.) ¿Usted no sale?

Agustín Sí, luego... Un rato al Círculo... Pero andad, no se os haga tarde.

Pepe (Despidiéndose de Agustín.) Tanto gusto, señor...

Agustín Siempre a sus órdenes. Mis respetos a mi señor don José... Y honradísimo al verle en esta casa... (Se van por el foro los tres muchachos.) Divertíos lo que podáis, que vuestro es el mundo... (Desde la puerta del foro.) ¡Ay, juventud, alegre juventud!... (Volviéndose y avanzando hacia el proscenio.) Si esto no es actuar de padre complaciente... (Se queda un momento pensativo, y dice, como hablando para sus adentros:) El hijo de Cabrera de Armenteros... ¡Lo que son las cosas, Señor!... Cada hogar es un pueblo, y resulta que todos somos unos...

(Por la izquierda sale REMEDIOS.)

Remedios ¿Aun no te trajeron el café? ¡Esta Martina!... (Acercándose a la puerta del foro y diciendo desde allí, en voz alta.) ¡Martina, hija! ¡El café para el señor! (Apaga parte de las luces de la lámpara, a fin de que la escena quede a media luz, y vuelve junto a Agustín.) Ahora se pondrá a gruñir por ahí dentro.

Agustín ¿Qué más da? ¡Déjala!

Remedios ¿Se marchó ya tu amigo?

Agustín Sí; no venía más que por esos tres duros...

Remedios ¿Y los chicos?

Agustín También se fueron.

Remedios ¿Que se han ido? ¿Adónde?

Agustín Al «cine», creo.

Remedios ¡Válgame Dios! ¡Qué criaturas!... Sin decir nada..

Agustín Me lo dijeron a mí, y yo les di el permiso.

Remedios (Satisfecha.) Eso me gusta. Pero no han debido salir, sobre todo Amalita. Está lloviendo y ha refrescado mucho. A ti te he preparado un traje más fuerte y el impermeable, no vayas a enfriarte cuando salgas.

(Por el foro llega MARTINA, que trae varios periódicos, y, en una bandeja, servicio de café y cognac.)

Martina (Al entrar, dejando el servicio sobre la mesita baja, junto al butacón.) Ya está el café. Y los periódicos...

Remedios Mujer, lo que has tardado...

Martina La lumbre, que le ha dao por ponerse pesada y ha sido la muerte... Esa pánfila de Angelita la dejó apagar...

Agustín Es lo mismo.

Remedios (A Agustín, sirviéndole el café.) Anda, tómalo, que viene muy calentito. Y huele que trastorna.

Martina ¡A ver! ¡Casi un cuarteron pa una taza, con que usté verá!

Remedios (Poniendo azúcar en la taza.) ¿Más azúcar?

Agustín Ya está bien. ¿Tú no lo tomas?

Remedios ¡Quita, hijo! No quiero desvelarme, que mañana ya hay que madrugar y volver a las faenas de siempre. (Llena de cognac una copa.)

Martina (Recogiendo el servicio, menos la copa y la taza.) ¿Quieren ustedes algo más?

Remedios Nada, Martina. Oye, no te lleves la botella, que el señor querrá repetir.

Martina (Dejando la botella.) Como usté diga. Y que ustedes descansen.

Remedios Aguarda. El señor va a salir, y tendrás que estar al cuidado para abrirle la puerta cuando vuelva.

Martina (A punto de dispararse.) ¿Yo?...

Agustín (Al quite.) No, Remedios. Me llevaré la llave del piso, y así no habrá que molestar a nadie. Váyase, Martina, y duerma tranquila.

Martina Ea, pues muchas gracias.
(Se va Martina por el foro. La luz interior que alumbra éste se apaga. Remedios ha arrimado la mesita con el café, el cognac y los periódicos a la butaca en que se sienta Agustín. Luego se sienta ella al otro extremo de la escena, ante otra mesa, y empieza a deshacer el paquete de tabaco que trajo antes, disponiéndose a liar cigarrillos. Mientras hace esto, habla con su esposo.)

Remedios Podía haberte aguardado. No es ningún trabajo. Y si se te ocurre algo cuando vuelvas...

Agustín ¿Qué se me va a ocurrir?... (Saboreando el café.) Oye, el café está riquísimo.

Remedios Como que Martina tiene un arte especial. ¡Si no fuera por el genio!.. Rafaelito, que es muy ocurrente, la llama «Mastina». Y no va descaminado.. (Agustín se ha apoltronado en la butaca, bebe café y cognac, enciende el puro y, sin darse cuenta, va sintiéndose dominado por la paz del hogar, nueva para él.)

Agustín También es bueno el cognac. (Mirando el marbete de la botella.) Domecq. Mi marca favorita.

Remedios Me alegro de haberte acertado el gusto.
(Una pausa. Agustín hojea uno de los periódicos. Remedios lía cigarrillos con muchas fatigas.)

Agustín ¡Qué sosos vienen los periódicos! No pasa nada por el mundo.

Remedios ¡Ay, hijo; más vale así! (Otra pausa. Agustín lee, o finge leer, y por encima del periódico mira a Remedios, reflejándose en su rostro el fastidio ante la vulgaridad de la buena y sencilla mujer.) Oye, no se te haga tarde...

Agustín Ahora voy. (Va a levantarse de la butaca; pero .. ¡se está en ella tan a gusto!..,) ¿Dices que hace frío?

Remedios No mucho. Con la otra ropa y el impermeable no lo sentirás.

Agustín ¡Cambiarse ahora de traje!... (Fijándose en la tarea de Remedios.) ¿Qué haces? (Se levanta y va hasta donde se halla su mujer.)

Remedios (Con gracioso rubor.) Cigarros para ti... No te rías... Me salen muy mal...

Agustín (Examinando uno de los cigarrillos.) ¡Mujer, si están magníficos!... Puedes cantar aquello tan antiguo, de tu época...

Remedios (Tarareando con ingenuidad.)

«Yo he sido cigarrera,
maestra de labores...»

Agustín (Dando una risotada.) ¡Eso! ¡Tú eres Luisa Campos!

Remedios (Cortando el canturreo.) Mira, ¿ves? No empieces con bromas... No sé qué me ocurre contigo que me convierto en una chiquilla. (Y vuelve a la musiquita, casi sin darse cuenta.)

«...y me crié en la calle
tan renombrada
de Embajadores.»

¡Recuerdos de la juventud!

Agustín (Que había vuelto a apoltronarse, mira de nuevo a Remedios, no ve sino la parte ridícula de la situación, y repite el gesto de fastidio y murmura:) ¿Seguirá lloviendo?

Remedios Sí. ¿No lo oyes?... Agua de otoño... Calabobos, como dicen por ahí... Y, además, yo cantando... Pero, anda; puedes tomar un taxi. Hay parada en la esquina.

Agustín (Incorporándose con mucha pereza.) El caso es que...

Remedios (Aparte, muy rápida.) (¡Que no se va, que no se va!...) (Mirando embelesada y sonriente a Agustín.) ¿Decías?...

Agustín (Al que cada vez que mira a Remedios le dan ganas de irse.) No, nada. Que me voy. (Se levanta, por fin. Remedios le observa de reojo, y vuelve, canturreando, a su labor de cigarrera. Agustín va al balcón, mira al exterior, tamborilea con los dedos en los cristales... Luego vuelve lentamente al centro de la escena. Está resuelto a marcharse; pero se detiene, mira en torno de la habitación, tan acogedora; contempla la cómoda butaca, el cognac, el tabaco, los periódicos .. Y, encogiéndose de hombros, como quien se arroja al mar, cae de nuevo sobre la butaca, se sirve otra copa de licor y dice:) Pues, mira, no salgo...

Remedios (Con una levísima sonrisa de triunfo.) Como quieras... Pero, ¿vas a quebrantar tu costumbre?

Agustín (Como si quisiera justificarse ante sí mismo.) No... Es que hace mala noche... Es tarde... Estoy cansado...

Remedios (Con timidez.) No me atrevía a decírtelo... Nunca te diré nada que pueda violentarte...

Agustín ¡Remedios!... (Ella, silenciosa, sigue haciendo cigarrillos. Agustín, al que acaso su falta de energía pone de mal humor, se bebe de un trago el cognac y se abisma en la lectura del periódico. Mira otra vez a Remedios y murmura, divagando.) ¡Cómo voy a aburrirme!... ¡Esta mujer!... ¡Esta mujer!... (Su gesto de hastío se endulza contemplando la habitación.) Y, sin embargo, aquí... Señor, ¿es que me voy haciendo viejo? (Telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La misma decoración.

(Muy entrada la mañana, cerca ya del mediodía, comienza este segundo acto. Están en escena MARTINA y RAFAEL. Éste, sentado ante la mesita, se desayuna rápidamente con frutas, mermelada y una taza de café con leche. Martina le atiende solícita, sin dejar por ello de gruñir y reprenderle.)

Martina Anda, aviva, Rafael; que es muy tarde.

Rafael Mujer, ¿quieres que me atragante?

Martina Atragantá me tienes tú a mí. Verás como tu madre se dé cuenta de que te levantas ahora.

Rafael ¡Tiene gracia! ¿Le has tomado miedo a mamá?

Martina Ahí ves tú lo que cambian las cosas.

Rafael ¿No será al dueño de la casa al que le temas?

Martina ¿A don Agustín? ¡Pues sí que se hace temer el hombre!... ¿A qué hora llegaste tú anoche?

Rafael No sé... No me di cuenta.

Martina Pon que a las cuatro, ¿no? Pues él vino todavía más tarde. Casi estaba ya clareando... (Metiéndole prisa.) Anda, hombre; bébete el café.

Rafael (Bebiendo a grandes sorbos.) ¿Y dónde estará hasta esas horas?

Martina En misa, como tú. ¡Nos ha fastidiao!

Rafael Pero yo soy joven y soltero. Y él vino aquí a dar ejemplo.

Martina Será de hacer vida de golfo. Y tú has salido un alumno aprovechadito... En San Carlos puede que te den este año unas calabazas que te tronchen; pero en los cabaretes y en los supertangos..., ¡sobresaliente!

Rafael (Que ha acabado de desayunarse y enciende un cigarro.) ¡Qué sabes tú!

Martina Por iznorante que yo sea, de sobra sé que en esta casa anda to patas arriba. Y aún dice la grandísima boba de tu madre que su marido vino a poner las cosas en orden. ¿Qué entenderá por orden esta alma de Dios?

Rafael ¡Bien la están engañando!

Martina La estamos, la estamos, Rafaelito... No creas que no me da reparo colocarla tantísima trola pa que no se entere de las faenas de todos vosotros. (Mientras habla recoge el servicio del desayuno.) Y no hablemos de las del marido... ¡Trago una de saliva cuando ella me dice, con una cara de infelizota que da grima: «¡Se está matando a trabajar este hombre! ¡Hasta las cinco de la mañana estuvo hoy en el despacho!...»

Rafael Mira no tenga el despacho en el Maipú.

Martina Pues ten cuidao, rico, no os tropecéis una noche en la misma oficina.

Rafael (Levantándose.) Bueno, me marcho a clase.

Martina ¡Ay, qué risa! ¡A clase a estas horas!... Querrás el paso libre hasta la calle, ¿no?... Allá voy; pero puedes salir tranquilo, que tu madre tiene ya bastante con despertar a la otra marmota. (Se marcha por el foro, y en la puerta tropieza con PEPE, que entra y le da un «tantarantán» a la bandeja en que Martina lleva el servicio.) ¡Ahí va!... ¡Pues, hijo, vaya un huracán que se ha levantao!

Pepe (Disculpándose.) Perdone usted, Martina.

Martina De nada, joven. (Se va por el foro.)

Pepe (A Rafael.) Temía no encontrarte.

Rafael Ya me marchaba. ¿Por dónde te fuiste anoche?

Pepe (Sonriendo.) Por ahí.

Rafael ¡Te despediste a la francesa!...

Pepe Como pensaba verte hoy...

Rafael Ya me lo figuro.

Pepe (Bajando la voz.) A la chica le dí su parte.

Rafael ¿Cuánto?

Pepe Lo convenido: mil.

Rafael Voy a dártelas. (Mira a todas partes, receloso; saca la cartera, extrae de ella un billete de mil pesetas y se lo da a Pepe.) Ahí va... (Cuando va a guardarse la cartera, Pepe le detiene.)

Pepe Oye, ¿y lo mío?

Rafael ¿Qué es lo tuyo?

Pepe Las dos mil pesetas. ¿No quedamos en que me las prestarías?

Rafael ¡Caray, que me quedo sin dinero!...

Pepe Ya sabes que yo lo devuelvo.

Rafael Cuando puedas, ¿verdad? Pero es que no puedes nunca, Pepito. Son ya muchas las cantidades que estoy esperando.

Pepe ¿Vas a desconfiar, después de lo que acordamos y de que yo te proporcioné el negocio?

Rafael ¡Bonito negocio! Cojo mil duros, me meto en un lío que ya veremos cómo salgo de él, y ahora, mil pesetas de comisión, dos mil para ti... ¿Y yo? ¿Y mis trampas? ¿Voy a quedarme como si no hubiera hecho nada?

Pepe Chico, eso se piensa antes.

Rafael ¡Cualquiera pensaba!...

Pepe (Un poco flamenco.) Bueno, ¿me las prestas, o no?

Rafael (En el mismo tono.) Oye, y si es que no, ¿qué pasa?

Pepe (Conteniéndose.) Tú verás... No es cosa de que armemos aquí un escándalo. ¿Me las niegas? Será que no te conviene ser mi amigo. Y no te quejes de lo que ocurra. (En las palabras de Pepe, dichas con tranquilidad, con una calma irritante y zumbona, hay, sin embargo, un tono de amenaza que no se ocultará al espectador, y que intimida a Rafael. Éste vacila, medita un poco, y, al cabo, con lentitud y repugnancia, vuelve a sacar la cartera.)

Rafael Ya te comprendo. ¡Siempre igual, Pepe!

Pepe (Mostrándose ahora altivo.) No; a la brava no quiero que me prestes esa cantidad. Porque es un préstamo, no lo olvides. Y para que tuvieses el dinero te facilité yo la combinación, comprometiéndome, como sabes...

Rafael Desde luego, hombre. (Sacando de la cartera unos billetes y entregándoselos.) Toma, lo tuyo. (Pepe, hábilmente, se resiste.) ¡Tómalo y no seas terco! Si es que no sabes comprender las cosas...

Pepe (Cogiendo los billetes y guardándoselos.) Demasiado las comprendo; pero hay veces que se diría que dudas de mi amistad.

Rafael No es eso... Y cállate, que me revienta hablar en casa de estos enredos. Como los huelan mi madre o don Agustín...

Pepe ¿Qué van a oler? Además, no sé qué miedo puedes tener a tu padrastro, que se ha hecho tan amigote tuyo.

Rafael Eso es lo que me escama. Cuando le veo halagarme y salir siempre a mi favor en las peleas de casa, pienso: «¿Qué se propondrá este hombre?»

Pepe Está bien claro: ganarse tus simpatías. (Viendo que Rafael se dispone a salir.) ¿Dónde vas?

Rafael A la Facultad, a ver si llego a tiempo de abonar las matrículas y me examino de algo en enero. A mi madre y a la Martina, antes, podía trastearlas; pero ahora, con don Agustín... Y luego voy a pagarle cien duros que le debo a un pelmazo, que ya me ha amenazado en serio con la bronca. ¡Total, que me quedo listo otra vez!

Pepe No te preocupes. Todo se arregla, Rafael.

Rafael Si cambiásemos los papeles, ya veríamos.

(Por la izquierda sale AMALIA.)

Amalia (Apenas ve a Pepe.) ¡Hombre, ya es hora de que se te vea el pelo!

Pepe He estado atareadísimo. Que te diga éste... (Por Rafael.)

Rafael ¿Yo? (Encogiéndose de hombros.) ¡Sí, chica, sí! ¡Muy atareado! ¡No descansa, el pobre!

Amalia ¡Buenos estáis los dos! (A Pepe.) ¡Y menos mal que hoy se te ha movido el alma para venir a verme!

Pepe Yo te explicaré.

Amalia (Con enojo.) ¡No me expliques nada!

Rafael (Marchándose.) ¡Vaya, ahí os quedáis!

Pepe (A Rafael.) ¿Nos vemos luego?

Rafael (Con sorna.) Tú resolverás. ¡Como tienes tantas ocupaciones!... (Se va por el foro.)

Pepe (A Amalia, procurando desviar la «tormenta».) ¡También tu hermanito!...

Amalia Qué, ¿te parece que está bien lo que haces?

Pepe Total, tres días que me ha sido imposible venir...

Amalia Tres días esta semana..., y hoy es viernes. Y en la pasada, lo mismo. Y en la otra...

Pepe Ya te he explicado lo que ocurre.

Amalia Y yo no te lo creo. ¿Qué pasa para que no vengas? ¿Te han hecho aquí algún desaire? ¿Te han puesto una mala cara?

Pepe No es eso; es que ya conoces mi lucha.

Amalia ¿La historia de siempre?... Que al papá del niño se le ha antojado que no tenga novia, ¿no? Y yo, pobrecita, tan pánfila que me trague esa novela...

Pepe Si lo tomas así...

Amalia ¿Cómo voy a tomarlo? Di que te has cansado, que lo pensaste mejor... o que las circunstancias te obligan a cambiar de proyectos.

Pepe No te entiendo... o no quiero entenderte.

Amalia Será eso: que no quieras. Y, si no, habla; di francamente lo que ocurre.

Pepe Ya te lo he dicho.

Amalia Con evasivas, sin soltar prenda. Que si tu padre..., que si mi padrastro..., que si los pergaminos..., que si la alcurnia. ¡Pues no! Sin alcurnias ni pergaminos, pero con mucho decoro, estoy yo aquí para decirte que así no seguimos. ¿Buscas la ruptura? ¡Dilo! Pero sin pretextos ni embrollos. ¡Mira como yo te dejo el camino franco!

Pepe (Abochornado, acaso porque se adivinaron sus intenciones.) ¡Calla, Amalia!

Amalia (Cuya energía primera va trocándose en un amargo desaliento.) ¿Qué adelanto con callarme? Que esto siga así; que tú busques cada día motivo para apartarte más, y que al cabo venga lo que haya de venir, y yo me quede aquí, humillada y en ridículo. Y tú, tan contento. «¡Ya me libré del compromiso!» ¡Eso no, Pepe! ¡Eso no lo haces conmigo!

Pepe (Conmovido por las lágrimas que asoman a los ojos de Amalia.) Te juro que te equivocas. Yo te quiero, Amalia. ¡Con toda mi alma! Bien lo sabes tú.

Amalia Pruebas tengo de ello, ¿no?

Pepe Nunca las necesitaste para confiar en mí.

Amalia Mira si has cambiado, que ya todo es desconfianza.

Pepe Pues yo quiero que la deseches.

Amalia De ti depende. Habla, di lo que sea... Nada podrás decir contra mí ni contra los míos... ¿Del otro?... ¿Y qué me importa lo que del otro digas?

Pepe Tú no sabes...

Amalia Cierto que no. Y, por eso, quiero saber... Ya te escucho. (Pepe sigue callado.) ¿Ves cómo callas? ¿Ves cómo no tienes nada que explicarme?

Pepe ¡Que hables así, cuando debieras agradecer mi silencio!...

Amalia (Vivamente, herida en lo más sensible de su amor propio.) ¿Agradecerte yo?... ¿Qué hablas ahí, Pepe? ¿Qué miedo puedo tener a tus palabras? ¿Me habrían de ofender más que lo que insinúas? (Llevada de su enojo, alza el tono de la voz, hasta concluir casi a gritos.) ¿Qué silencios tengo yo que desear? ¡Ahora exijo que hables..., y pronto! Y si no hablas, márchate. ¡Para siempre!

Pepe ¡Criatura! ¡Esta escena!...

Amalia Tú la has querido. Si había de venir, más vale que sea ahora. ¡Cuenta, Pepe, cuenta! ¡Di lo que sea!... ¡No, no hablarás! (Acongojada.) ¡Ay, Dios, qué asco y qué rabia de hombres!

(Atraída por el rumor de la discusión, llega MARTINA por el foro.)

Martina (Al entrar a Amalia.) Pero, chica, ¿qué vocerío estás armando? ¿Qué te ocurre?

Amalia (Que al ver a Martina siente desvanecidas sus energías anteriores y las resuelve en un llanto silencioso.) ¡Nada!

Martina ¿Estás llorando? (Con una gran ternura.) ¡Hija!... ¡Amalita!... ¿Qué es lo que ha pasao?

Pepe Cosas suyas...

Amalia (Que se ha refugiado en el regazo de Martina.) Sí, Martina. Cosas mías... y cosas de éste.

Martina Bueno; ¿morritos de novios o algo serio?

Pepe Una chiquillada. Ya sabe usted cómo es Amalia.

Amalia ¡No; chiquillada, no!

Martina (Alarmándose.) Vamos a hablar claro. ¿Qué tenéis? ¿Por qué discutís?

Pepe ¡No tiene importancia!...

Martina ¡A usté no le pregunto! Le pregunto a ella, que es la que llora y la que me interesa. (A Amalia.) ¿Qué ha sido?

Amalia ¡Si no puedo explicarte!... Pepe sabe no sé qué historias referentes a nosotros... No quiere contármelas.

Martina ¿Historias? ¡Mira no sean chismes!... ¿Y por qué no las cuenta? (A Pepe, con su zumba madrileña.) ¿Tan malo es, joven?

Pepe (Azorado, deseoso de cortar la discusión y marcharse.) Vamos, Martina...

Martina Vamos donde usté quiera. Pero, la verdá, no veo por qué tiene usté que hacer llorar a la chica.

Amalia Lloro de rabia al ver que andamos en lenguas de la gente, y que éste lo sabe y no quiere hablar claro.

Martina ¿En lenguas nosotros?... ¡Ay, hija! Aquí, el pollo, ha leído eso en el *Buen Humor*...

Pepe ¡Vaya, veo que no hay manera de entenderse! (Inicia el mutis hacia el foro.)

Martina ¿Se marcha usté? ¡Mira qué rico! Trae usté una novela, la explica así, por encima, y, cuando nos deja intrigás..., ¡ahí queda eso,

que me largo! ¡Jajay! ¡No, señor! Usté no se va sin decirnos to el argumento y los cantares de la obra...

Pepe Y usted, ¿con qué derecho?...

Amalia (A Martina.) ¡Déjale que se vaya!

Martina ¡Quita, criatura!... (A Pepe.) Yo tengo tanto derecho a enterarme como usté a traer líos. ¿Qué pueden decir de esta familia? ¿Qué cosa mala se ha hecho aquí..., como no sea abrirle a usté la puerta?

Pepe ¡Martina!

Martina (Engallándose.) ¡Me llamo! Y Velarde de apellido, como el del Dos de Mayo. Que no se le olvide. (En este momento llegan por la izquierda REMEDIOS y AGUSTIN. Vienen alarmados por el vocerío de la disputa. Se detienen en la puerta y oyen, sin que los otros personajes adviertan su presencia, todo el parlamento de Martina.) Y que tampoco se le olvide que a esta criatura habrá usté podío engañarla; pero a mí..., ¡ni con polvorones! Yo me he dao cuenta de que tanto presumir de alto copete es una martingala. Usté no es alto, sino largo. En esta casa llevamos tos la cara muy levantá, y si hay quien no la lleva pídale usté la cédula. ¿Qué quiere usté? ¿Reñir con la muchacha? Pues a reñir de cara, como los hombres, diciendo: «¡Se acabó!» o «Ya no te quiero», o «Me he equivocao»... (Remedios y Agustín oyen con verdadero asombro.) Eso de que si dicen o dejan de decir está bueno en las porterías, y usté es un señorito que no tiene que barrer la escalera, que yo sepa. Aquí somos tos muy decentes, y si ha pagao usté dinero por el cuento que trae, ya puede usté pedir que se lo devuelvan.

Pepe (Resuelto a marcharse.) Está bien. ¡Ya es bastante aguantar! (Va a irse por el foro, y en este momento avanza Agustín, que le dice, sonriendo y como si bajara de una nube:)

Agustín Un momento, amigo Cabrera de Armenteros...

Martina (Aparte.) (¡Adiós! ¡La hemos reventao!)

Agustín (A Pepe.) ¿Dónde va usted tan deprisa?

Pepe Don Agustín...

Remedios (Uniéndose a Amalia y a Martina.) ¿Qué es esto, hija; qué es esto?

Agustín (A Pepe, rezumando amabilidad.) Suprima usted el don, por favor. ¡No sabe usted lo viejo que me hace! Agustín, a secas. Usted y yo somos casi dos camaradas.

Pepe (Como sobre ascuas.) ¿Nosotros?

Agustín Por lo menos, yo quiero que lo seamos. ¡No se marche tan pronto, Pepito!

Martina (Asombrada, a Remedios.) Pero ¿qué es lo que se propone su marido?

Remedios ¡Vete a saber!

Pepe (A Agustín.) ¿Tiene usted algo que decirme?

Agustín El gusto de que hablemos. Claro que a usted, aquí, no le interesa más que el idilio con Amalita. Pero haga un sacrificio y déle conversación a un futuro suegro que se aburre. (Riendo cordialmente.) Ande, siéntese; siéntese y aguarde un poco, amigo Cabrera de Armenteros... (Subraya el apellido con irónica solemnidad. Pepe, desconcertado, se encoge de hombros y accede.)

Pepe Como usted quiera.

Agustín ¡Naturalmente! Es cuestión de unos minutos. (Volviéndose a Amalita.) Perdóname, guapa, que te arrebate al novio. Ahora te vas tú con Martina por ahí dentro, a vuestros quehaceres. Y no me guardes rencor. ¡Quién sabe si lo que vamos a hacer es fijar la fecha de vuestra boda!

Martina (Sin poder contenerse.) ¡Pues sí!...

Amalia (Resignada a irse.) ¿Vienes tú, mamá?

Agustín (Rápido.) No, tu madre se queda. Estas cosas, a lo mejor, tienen una gran solemnidad. Quédate, Remedios.

Remedios Lo que tú digas.

(Amalia se va con Martina por el foro, y antes de salir mira larga y silenciosamente a Pepe. En esta mirada se desborda todo el cariño que siente por él, pese a la violenta escena anterior. Luego rompe a llorar, abrazada a Martina.)

Martina (Llevándosela.) ¡Vamos, chica! ¿Serás tonta? ¡Sólo falta que él te vea llorar!

(Salen Amalia y Martina. Remedios, al ver llorar a su hija, ha querido acudir junto a ella; pero Agustín se lo impide, sujetándola por un brazo, enérgica, aunque afectuosamente.)

Agustín (Volviéndose a Pepe, que permanece de pie y visiblemente molesto.) ¿No se sienta? (Insistiéndole.) Ande, haga el favor... (Pepe obedece.) ¿Un cigarrito? (Saca la petaca y le ofrece uno, que Pepe coge maquinalmente.) «Competidora Gaditana». De contrabando... (Muy jovial.) ¿Qué quiere usted? No puedo olvidar los tiempos en que me dedicaba a pasar matute.

Remedios (Muy abochornada.) ¡Agustín!...

Agustín (Siempre en tono de broma.) ¡Deja, Remedios! Con Cabrera de Armenteros puedo hablar con toda confianza. (A Pepe.) ¿Verdad que sí?

Pepe Usted sabrá.

Remedios ¡Pero esas bromas!...

Agustín ¡Si no es broma, mujer!... Yo fuí matutero en mi juventud. ¿Qué no habré yo sido en esta vida? Y el amigo Pepe lo sabe.

Pepe ¿Yo?

Agustín Sí, usted. ¿Me equivoco al suponer que se refería a mí en su última conversación con Amalia?

Pepe Verdaderamente...

Agustín Desde luego, le agradezco mucho su discreción. No ha querido, sin que yo le autorice, contar lo que ha averiguado, ¿verdad? Pues ya tiene usted la autorización.

Pepe (Aturdido por la cínica desenvoltura de Agustín.) ¿Me habla usted en serio?

Agustín Ya he dicho que no bromeo. Me explico el resquemor de su conciencia al no poder comunicar a Amalita los detalles que posee y me apresuro a librarle de esa carga.

Pepe (Jugándoselo todo.) Se equivoca usted. Aunque usted me autorice, yo no le contaré nada a Amalia. La quiero demasiado para producirla ese dolor.

Remedios ¿Qué está usted diciendo?

Agustín (Muy sereno.) Cálmate. ¡Si no vale la pena!... (A Pepe, siempre amable.) Por lo pronto, algo

sacamos en limpio: que quiere usted a Amalia.

Remedios ¡Ya se ha visto! ¡Con el disgusto que tiene la pobre!...

Agustín Calla, Remedios. (A Pepe, disculpándola.) ¡Estas mujeres!... Decía que usted quiere a Amalia.

Pepe Sí, señor, y eso es lo triste.

Agustín ¿Por qué? Habiendo cariño, lo demás se arregla.

Pepe No lo veo yo tan fácil.

Agustín Sí; usted cree encontrar dificultades. Piensa usted en su padre, un noble prócer, un caballero insigne: el señor Cabrera de Armenteros, barón de Hinojosa de la Sierra... No importan los reveses de la fortuna para mantener el esplendor del apellido.

Pepe (Mordiéndose los labios.) Desde luego que no.

Agustín Parece que el ilustre barón de Hinojosa ha adquirido informes... Míos, claro es; no del resto de la familia. El accedía hidalgamente a unir sus rancios pergaminos a los retores y bombasíes que fueron base del capital de Corrales, aquel modesto vendedor de telas que hizo feliz a Remedios en su juventud.

Remedios (Muy sofocada.) No sé dónde vas a parar...

Agustín (A Pepe.) A lo que usted teme que no acceda su padre es a emparentar con un hombre de mi condición, ¿no es así?

Pepe Usted sabrá el fundamento que haya para eso.

Agustín ¡Se comprende! Yo suelo comprenderlo todo... Usted piensa: «¿Puede el barón de Hinojosa admitir entre los suyos, así como así, a un antiguo matutero, a un ex croupier del Club donde el ilustre prócer levantaba... fuertes cantidades todas las noches?» Me explico su inquietud, Pepito. ¿Admitirme a mí, que he vivido a salto de mata, que acometí toda clase de negocios raros, que sableé medio mundo, que fuí un rayo en mi juventud?... ¡Disparatado, disparatado!

Remedios (Avergonzada.) ¡Calla, Agustín, haz el favor!

¿A qué viene esto y por qué has de tirarte al fango de esa manera?

Agustín Deseo que Pepe se dé cuenta de que yo me he hecho cargo de todo.

Pepe Me la doy, al menos, de que la situación violentísima en que usted me coloca no debe prolongarse. No ya por usted y por mí, sino por doña Remedios, a la que estamos dando un mal rato.

Remedios ¡Tremendo, Pepe! Porque yo no me explico...

Agustín Ya irás explicándote lo. Claro, tesorprenden todas estas revelaciones. Algún día habían de hacértelas, mujer... Pepito pudo cansarse de ser discreto, y siempre hubiera resultado más fastidioso.

Pepe En cuanto a discreción, permítame que le diga...

Agustín Lo que usted quiera, amigo mío; pero deje que yo termine de hablar. Ya no tiene usted que ocultar las verdaderas causas que le apartan de Amalia. Convenía deshacer un pequeño equívoco que a ella podía perjudicarla. Sin duda usted no meditó acerca de esto.

Pepe (Muy alterado.) Yo, don Agustín, jamás lanzo equívocos que puedan agraviar a una señorita.

Agustín Muy bien, muy bien... (Abandonando el tono cínico y desenfadado que empleó hasta ahora.) Usted, Pepito, es un caballero. Usted se limitará a decir que rompe con una muchacha honesta y buena porque no quiere tenerme a mí por suegro. Usted dirá que su cariño hacia Amalia era tan endeble, que bastó mi presencia en esta casa para destruirlo.

Pepe Eso, señor mío...

Agustín (Con rápida energía.) ¡Déjeme acabar! (Volviendo a su tono de calma) Usted dirá que huye bizarramente, afrontando el riesgo de que quienes no le conozcan le juzguen temeroso de que una dote se desvanezca entre mis dedos antes de que usted pueda disfrutarla.

Pepe (Levantándose.) ¡Don Agustín!...

Agustín Sin gritos.. Usted puede decir todo lo que quiera, todo..., menos que el señor don José Cabrera de Armenteros, barón de Hinojosa de la Sierra, se abochorna de emparentar con Agustín Menéndez Carpio, o Agustinillo, «Manos de Plata», que así me llamaban cuando en el Casino echaba siempre el naipe que necesitaba su respetable papá. Eso no lo diga usted.. porque van a reírse mucho los caballeros de la buena sociedad.

Remedios (En cuyo rostro se han ido reflejando el dolor y el asombro con que oye hablar a Agustín.) ¡Dios mío! Pero ¿qué hablas?... ¿Qué razón hay para esta polémica?

Pepe Esté tranquila, doña Remedios. La polémica ha terminado aquí. No podría yo continuarla en esta casa.

Agustín Que es suya, mi querido amigo. Usted puede volver cuando lo desee. Yo no he querido sino aclarar las cosas, disipar el error de que su padre puede oponerse a las relaciones de usted con Amalia. El pretexto era magnífico; pero valía la pena de destruirlo, para que no se quebrante el amor de una pareja feliz.

Pepe (Seco y deseoso de escapar.) Perfectamente. Muy buenos días. (Hace una inclinación de cabeza y se va por el foro.)

Agustín (Que le sigue hasta la puerta.) Siempre a sus órdenes, Pepito. Y siempre franca para usted la puerta de este humilde hogar. (Pepe ya se ha marchado. Agustín se vuelve hacia Remedios, la mira entre compasivo y desenfadado, y se limita a decir:) ¡Ya ves!...

Remedios (Afligidísima.) ¡Agustín!... ¿Es posible esto?... ¿Os habéis vuelto locos todos... o soy yo la que he perdido el juicio?

Agustín Discúlpame, Remedios... Ha sido violento; pero no había otra forma de hablar...

Remedios Pero... ¿tú?... ¿Tú?...

Agustín Yo, hija; yo... ¿Qué vamos a hacerle? No creí que lo supieras nunca. Y es que nos equivocamos. Pensé que sería fácil seguir mi vida sin que adivinarais el pasado. No

caí en la cuenta de que los pillos nos salen al paso en todas partes. ¡Hasta aquí! Y a los pillos, créeme, no sé yo engañarlos... ni ellos saben engañarme tampoco.

Remedios No, no puede ser cierto lo que has dicho. No puedes tú alardear en serio de tantos horrores.

Agustín ¡Si no es alarde!... Es..., ¿cómo te lo diría yo?..., escrúpulo, remordimiento, algo que nunca creí que me acometiera.

Remedios ¿Y te casaste conmigo pretendiendo ocultarme tu vida, dispuesto a que yo no supiera la verdad?

Agustín La verdad me pareció siempre una cosa insoportable, Remedios. ¿Qué importaba mi pasado? Por el hecho de serlo, estaba ya muerto en mi memoria. Nuestra vida es hoy y es mañana... El ayer ya no existe.

Remedios ¡A saber cuáles serían tus planes!

Agustín Ahí te equivocas, porque nunca procedí con arreglo a ningún plan. No hay nada mejor que lo imprevisto. Me casé contigo. Plan: casarme, y nada más. ¿Ser bueno o ser malo? Eso ya lo veríamos. Llevar tus negocios, manejar tu dinero... (Pausa.) ¿Por qué se me ha ocurrido ahora mostrarme ante ti tan al desnudo, destruyendo así todo lo que me sirvió para lograr tu confianza?... No lo sé, Remedios.

Remedios Porque temías que Pepe hablase. Bien claro lo dijiste antes.

Agustín ¡Bah! No fué eso... Fué... algo insospechado, algo extraño. Fué que vi llorar a tu hija, que imaginé tu dolor de madre y que comprendí que ese mozo iba a satisfacer su deseo de ruptura, arrojando sobre mí todo el cieno y saliendo él limpio de la aventura. ¡Y eso, no! ¡Eso no podía ser!

Remedios No logro entenderte.

Agustín Ya me entenderás, y te convencerás de que no es mi vida anterior el obstáculo que impide a Cabrera casarse con Amalia.

Remedios ¿Cuál otro va a ser?

Agustín ¡El que sea! El presente, pero no el pasado.

El miedo al Agustín Menéndez de hoy; no al Agustinillo de ayer...

Remedios Es lo mismo. Yo sabría perdonarte, porque ¿qué no perdona una mujer de bien? Podría olvidar tu vida anterior si con la de ahora borrabas todo el recuerdo de ella. Pero... ¿y Amalia? Es mi hija, Agustín. Parece alocada, inquieta, sin juicio, como todas las muchachas del día; pero, en el fondo, eso concluye cuando se quiere a un hombre. Amalia quiere con toda su alma a Pepe. Lo sé; me consta, porque las madres no nos equivocamos.

Agustín (Que ha oído con inquietud a Remedios.) ¿Estás segura?

Remedios ¿No he de estarlo? No es ilusión ni capricho de chiquilla, sino algo más fuerte, más arraigado en su alma. Le quiere... Y, por lo que sea, míralo todo roto, todo deshecho para siempre. (Con una gran pena.) Ella será la que pague mi error, y el tuyo, y el de Pepe, y el de todos... ¡Y es mi hija, Agustín; es mi hija!...

Agustín (Hablando, acaso por primera vez, con entera nobleza.) ¿Ves, mujer? Esto complica la cuestión... Pero no te aflijas. No quiero verte afligida, Remedios. ¿Crees de veras que ella será feliz con Pepe, a pesar de todo? ¿Lo crees?

Remedios Seguro que sí.

Agustín (Resueltamente.) Llámala.

Remedios ¿Qué te propones ahora?

Agustín Que la llames. ¿No lo has oído? (Con más dulzura.) Ve por ella, mujer... Tráela aquí... Te suplico que confíes en Agustinillo, «Manos de plata». (Remedios, rendida al tono persuasivo de Agustín, se va por el foro, y Agustín, ya solo, repite, como ensimismado:) ¡Agustinillo, «Manos de plata»!... ¿Qué sabes tú del mundo ni de la vida, infeliz?... Nos morimos de viejos y resulta que siempre fuimos unos niños...

(Vuelve por el foro REMEDIOS, acompañada de AMALIA, que le dice al salir:)

Amalia No sé qué podrá explicarme, ni que necesidad tiene de hablar conmigo.

Remedios Calla, hija... ¿No te digo que quiere arreglarlo?

Agustín (Que ha salido al encuentro de Amalia.) Ven acá, criatura, ven acá. ¿Estás disgustada conmigo? (Ante el silencio de la muchacha.) Sí, lo estás, y lo malo es que crees tener motivos. (Fingiendo jovialidad.) ¡Ea! Desarruga ese ceño y hablemos como buenos amigos.

Amalia Usted dirá lo que sea. Yo tengo muy poco que hablar.

Remedios (Reprendiéndola.) ¡Amalita!...

Agustín Calla tú. (A Amalia.) No, si no voy a exigirte un discurso... Estas cosas deben resolverse con pocas palabras. Mírame a la cara. (Amalia sigue con la vista fija en el suelo y Agustín la obliga suavemente, acariciándole la barbilla, a levantar la cabeza.) Mírame, mujer... Así... ¿No quieres oírme?

Amalia (Mirándole a través de las lágrimas que aun tiemblan en sus ojos.) Ya he dicho que hable usted.

Remedios (Disculpándola.) Es muy suya .. Salió a su padre...

Agustín Hace bien. Su padre, tú me lo has dicho, fué un hombre honrado y sencillo que ignoraba las maldades del mundo. Es lástima que no sea él, sino yo, quien tenga que hablar ahora a Amalita.

Amalia Sí, es lástima. Mejor sería que no nombrase usted a mi padre.

Agustín Debo nombrarle, porque debo decirte que yo no soy tan bueno como él. Pero acaso no sea del todo malo, porque, a última hora, empiezo a tener un poco de paz. Y hasta mis maldades de antes, si alguna hice, pueden servir para darte un bien.

Amalia ¿A mí?

Agustín (Poniendo cariñosamente las manos sobre los hombros de Amalia.) Oyeme... ¿Es cierto que le quieres?

Amalia (Vacilante.) ¿A quién?

Agustín A Pepe... (Amalia calla.) Habla sin miedo. Hace falta saberlo. Desea tu madre..., deseo yo que digas si tu cariño es o no firme, si fuiste sincera con Pepe cuando le rechazaste

antes o si aquello no fué más que un grito de tu amor propio. ¿Le quieres, Amalia?

Amalia (Después de una nueva vacilación, muy resuelta.) Sí; le quiero.

Agustín ¿Y aunque te convencieras de que él no te merece, seguirías queriéndole?

Amalia ¿Por qué no me ha de merecer? Siempre fué bueno para mí. Unicamente ahora, desde que usted vino...

Remedios ¡No hables así, Amalia!

Agustín ¡Déjala que sea sincera! (A Amalia.) No te engañas, ¿verdad? ¿Le quieres? ¿Por encima de todo estará siempre su cariño?

Amalia (Terca.) Sí; por encima de todo...

Agustín No hay más que hablar, entonces. Así teníamos que oírte. (En tono jovial y cariñoso.) Y se acabó el juicio oral. Vive tranquila, Amalia... Yo haré que Pepe vuelva a ti.

Amalia (Desconfiada.) ¡Usted qué sabe!...

Agustín (Risueño.) ¿No he de saber?

Remedios (A Agustín.) Tiene razón. ¿Y si él ahora?...

Agustín ¿El? ¡Volverá! ¡Qué duda tiene!... Yo mismo se lo traeré a Amalia. Acaso antes hubiera tenido miedo por ella... Ahora, no. Ahora sé muy bien lo que hace de un hombre, por loco y descarriado que parezca, una mujer buena.

Amalia (Protestando.) Pepe no es así.

Agustín Pepe... (Apresurándose a desviar su pensamiento.) Tienes razón. ¡Pepe no es así! Por lo menos, no será así, que ya tú te encargarás de que no lo sea. (Mirando a Remedios.) ¡Buena maestra has tenido!

Remedios (Entre enojada y enternecida.) ¡Agustín!...

Agustín (A Remedios.) No vayas tú a enfadarte ahora que hemos logrado desenojar a la chica. (A Amalia.) ¿Verdad que no hay enojos, y que poco a poco se irán yendo también los rencores?

Amalia ¿Los míos? No soy rencorosa.

Agustín (Echándolo a broma.) ¡Eso me tranquiliza! Si la boda te sale mal, no tendré que temer tu odio...

Amalia (Sonriendo a la simple perspectiva del casorio.) ¡Qué cosas!... ¿Quiere usted algo más?

Agustín Que te vayas contenta y que seamos amigos. (No replica Amalia, que se limita a inclinar la cabeza y a marcharse por la izquierda; pero en su gesto, en el resplandor de su cara y en toda su íntima alegría puede adivinarse que el hielo está ya roto.)

Remedios (A Agustín, apenas se ha ido Amalia.) No sé qué proyectas, ni cómo vas a arreglar el enredo, ni si te saldrá bien lo que piensas hacer; pero... ¡Dios te lo pague!

Agustín ¡Anda, boba! Lo difícil era esto de aquí. En lo demás, en lo de Cabrera, padre e hijo..., ¡ahí estaré yo en mi elemento!

(Por el foro, y seguida de ZACARIAS LOCATELLO, entra VALLE, LA ECIJANA, una buena moza, bien vestida, de elegancia un poco estruendosa, que en su figura y en sus modales da a entender claramente el alegre mundo a que pertenece. Llega muy impetuosa y se detiene en la puerta, volviéndose hacia el interior, como si discutiera con alguien que estuviese dentro. Zacarías trata en vano de detenerla. Valle habla con marcadísimo acento andaluz.)

Valle (Desde la puerta.) ¿Pos no hemos de entrá? ¡Yo tengo er paso libre en esta casa! ¡Y en toítas partes! ¡A ve si íbamos a hasé antesala en er saguán!...

Zacarías ¿Te quieres callar?

Valle ¡Deja tú, don Blando, que pareses de merengue! (Ya dentro de la habitación.) Santos y buenos.

Zacarías (Viendo a Agustín y queriendo disculparse.) Chico, dispensa; pero... (Al advertir la presencia de Remedios.) ¡Arrea! (Saludándola y disimulando.) ¿Cómo está usted, señora?

Remedios Muy bien... ¿Y usted?

Zacarías (Que está azoradísimo.) Ya ve... Aquí, luchando..., luchando con ésta... (Indica a Valle, sin darse cuenta exacta de lo que hace.)

Remedios (Con agudeza o con ingenuidad, vayan ustedes a saber.) ¿Su esposa?

Valle (Soltando una risotada.) ¡Ay, qué salá! (Remedios la mira con tal aire, que a Valle se le corta la risa.)

Zacarías (Hecho un taco.) ¡No, por Dios!... ¡Quite usted!... ¿Mi esposa?... ¿Tan joven..., tan... tan... ecijana?... Una clienta... Cuestiones de negocios... Que vengo a ver si Agustín... (Lanzándose sobre Agustín como un náufrago sobre el madero salvador.) ¡Hombre, saluda!... ¿Has perdido el habla? ¡Qué cara tienes! ¿Qué tripa se te ha roto?...

Agustín (Queriendo pulverizarle con los ojos.) ¡No hables de tripas!

Remedios (Discreta y comprendiendo la situación.) ¿Negocios?... ¡Válgame el Señor! No entiendo una palabra de ellos... Les dejo a ustedes solos.

Agustín Sí; déjanos, Remedios, déjanos.

Zacarías Vamos, señora... Yo sentiría... Usted no estorba nunca...

Agustín Desde luego que no. ¿Cómo va a ser ella la que estorbe, si está en su casa?

Zacarías (Dando resoplidos y sin saber dónde meterse.) (¡Vaya un numerito!)

(Se va Remedios por la izquierda. Hay una pausa. Agustín mira, iracundo, a los dos personajes que han llegado. Zacarías pone una cara tan triste, tan afligida, que Valle, pese a todos sus esfuerzos, no puede contener la risa, y acaba soltándola a borbotones.)

Agustín (Enérgico, a Valle.) ¡Calla!...(Valle continúa riendo.) ¡Calla, te digo! (Intimidada, la buena moza guarda silencio, y Agustín se encara con Zacarías.) ¿A qué viniste? ¿No te di orden de que no pisaras esta casa?

Zacarías (Tragando saliva.) Yo te explicaré...

Agustín ¡Y menos con esta jaca de feria!...

Valle ¡Oye, tú!...

Agustín ¿Qué os figuráis que es esto?

Valle (Muy desenvuelta.) Er palasio de los Reyes Católicos digo yo que no será... ¡Pos, hijo!... Ni que una no supiera arterná...

Agustín ¿A qué habéis venido?

Valle Vas a saberlo.

Zacarías (Atajándola.) Lo va a saber por mí, y tú vas a estarte calladita..

Valle ¿Más todavía? ¡Si estoy como en misa! ¡Si no me dejáis despegá los labios!...

Zacarías Mejor. (A Agustín.) Vengo por ésta, Agustín de mi alma. Vengo a evitarte un barullo..., ¡y encima te pones así!

Agustín ¿Un barullo? (A Valle.) ¿Por qué razón, Ecijana?

Valle Ya hablaré yo cuando me dejen.

Zacarías (A Agustín.) Tú sabes que tus deseos son órdenes para mí. Vine aquí una noche porque tenía yo el gusto de felicitarte por tu boda. Me dijiste: «Poco visiteo». ¿Y he vuelto? No, señor. Me despedí, y hasta ahora.

Agustín Eso es. Hasta ahora... que has venido con quien no debe pisar esta casa.

Valle ¿Por qué no, malánge? ¿No me he repudrío, y me he aguantao, y te he dejao hasé tu santísima voluntá? Eso sí, tronchaíta de pena al vé la penitensia que te has echao ensima... Una penitensia de sesenta años y catorse arrobas lo menos...

Agustín ¿Quieres no hablar más?

Valle ¡Tararí! Ya han tocao a silensio. (Y hace un mohín de burla a Agustín.)

Agustín (A Zacarías.) Sigue tú.

Zacarías Quedamos en que no volví a tu casa, porque para feo ya me hiciste uno que lo premiaron en la kermesse de San Cayetano. Nos veíamos en otros sitios, y allí arreglábamos los negocios. ¿Tienes quejas de ellos?

Agustín ¿Quién te dice que yo tenga quejas? ¿Pues no te he dejado en absoluta libertad, y apenas si me ocupo de lo que haces? Nadie tiene que saber si yo intervengo o no en lo que tú preparas. Eso fué lo acordado.

Zacarías Cabal. Y por mí nadie lo supo. Unicamente ésta, (Por Valle.) que no sé cómo huele las cosas.

Valle Que soy de Esija. A mí no me la dan ni los siete niños, cuando más dos pipiolos como vosotros.

Agustín Total, ¿a qué viene esto?

Zacarías Viene a que la joven se ha puesto bruta.

Agustín ¡Mira qué raro!

Valle ¡Brutísima! ¡Como que pido lo mío! ¡Ahí ves qué brutalidá!...

Agustín No grites.

Valle No grito; pero tienes que oírme. ¿Está bien que yo le proporcione aquí, a tu administrádó, un asunto de los más claros, pan comío, como aquer que dise; un nene que no ha sortao toavía er cascarón y va a cogé una de miles de duros que se te sartan las lágrimas, y que cuando toíto está ya hecho, firmaos los papeles y er pollo en la canasta, sarga este permaso y no me quiera dá lo que me corresponde?... ¿Está bien, Agustiniyo? Dilo tú, hombre...

Agustín No sé de lo que me hablas.

Valle ¡Anda, haste er payo!... ¡Tienes tú también unas sentrañitas!...

Zacarías (A Valle.) ¿Ves como es verdad? (A Agustín.) Se empeñó en no creer que el negocio era cosa mía.

Valle ¡Pero por cuenta de éste!

Zacarías ¿Qué más da? Si él no se ocupa, ¿cómo iba a saberlo? (A Agustín, guiñándole un ojo.) Es lo que te hablé... Las cinco mil pesetas aquellas...

Valle Que os valen veinte mil, y los intereses, y er baruyo que arméis luego... ¡Un carro de biyetes!... (A Zacarías.) ¿Estás viendo cómo lo sabe?

Agustín No lo sé. Zacarías me dijo que había un buen asunto por mil duros. Se los di y quedó en explicarme...

Valle Pos me es iguá. Que te lo explique. Y que me dé lo mío. ¿O es que voy yo a poneros er pan en er pico y a quedarme corgá de un alambre? (Sorbiendo el aire con mucho desparpajo.) De cuerga, los melones; no la hija de mi madre.

Zacarías (A Agustín.) En primer lugar, el trato no se hizo por ella.

Valle ¿Cómo que no?

Zacarías ¡Como que no! Se hizo por otro...

Valle Que es amigo mío.

Zacarías Pues a ese amigo tuyo le has sacado tú un buen pellizco.

Valle Eso es de mi cuenta, y a vosotros no os importa na.

Zacarías (A Agustín.) ¿Te das idea de cómo es esta criatura? Me ha ido a buscar esta mañana; me ha armado el escándalo; me dijo que venía a armártelo a ti... Y aquí tienes el porqué de la visita.

Valle Que es de cumplido, ya lo ves. Vosotros resolveréis lo que sea, pero yo no me marcho sin lo mío. Y si no me lo dais, que me hagan la cama, que aquí me quedo.

Agustín (Un poco flamenco.) Oye, Ecijana, sin alborotos... Te vas a largar como un cohete...

Valle Con lo mío.

Agustín En primer lugar, ¿qué es lo tuyo?

Valle Sien duros. ¡Fíjate qué miseria! ¿Qué son sien duros pa ti, que tienes una vieja que te llena er buche? Ahora, que o cumplís conmigo o ya mismo se lo cuento to a doña Juana la Loca.

Agustín ¿No callarás?

Valle ¿No estás viendo que no?

Agustín (A Zacarías.) ¿Qué te parece?

Zacarías Haz lo que quieras. Si no le temes a la bronca...

Agustín De eso se vale... (A Valle.) Tendrás los cien duros.

Valle ¡Toma! Ya lo sabía yo...

Agustín Pero los últimos. Por mi parte, al menos.

Zacarías (Desolado.) Te advierto que yo... Si desconfías...

Agustín No es eso. Ya te buscaré y te lo explicaré todo.

Zacarías No he hecho más que seguir tus órdenes. El asunto lo trajo Cabrerita...

Agustín (Con mucho interés.) ¿Sí?...

Zacarías ¡Pues claro!... Ha habido que andar con papeles y certificados... Ya me comprendes... Todo lo hizo él.

Agustín ¡Magnífico!

Zacarías ¿En qué quedamos?

Agustín En que es el último trato, pero es magnífico. ¿Tienes los documentos?

Zacarías Aquí están. (Saca un paquete de papeles de uno de sus insondables bolsillos.)

Agustín (Cogiéndolo.) Vengan... (A Valle, muy satisfecho.) Cuenta con los cien duros... Y acaso haya propina.

Valle (Encantada.) ¡Y ole!

Agustín Este (Por Zacarías.) te los dará a la noche... Ahora os vais.

Valle (Con sorna.) Y no vorvemos.

Agustín Una cosa así.

Valle Me lo estaba figurando. Pos hijo, con Dió... Y muchísimas expresiones a tu señora...

Agustín (A Zacarías.) ¡Anda, anda y llévatela!

(En este momento llega por el foro RAFAEL, que, al ver a la Ecijana y a Zacarías, se queda inmóvil y desconcertado en la puerta.)

Valle (Con asombro y regocijo al ver a Rafael.) ¡Escucha! ¿De dónde sales tú? ¿Es ésta tu casa?...

Rafael (A media voz y con verdadera inquietud.) ¡La Ecijana!...

Agustín (Estupefacto.) ¿Cómo?...

Zacarías (A Agustín.) Pero..., oye, Agustín..., ¿este muchacho?...

Agustín ¿Le conoces?

Zacarías ¿No le he de conocer, si es...?

Agustín (Interrumpiéndole.) ¡Deja!... (Saca rápidamente los papeles que le entregó Zacarías y comienza a examinarlos.)

Valle (A Rafael, que no sabe lo que hacer.) ¡Esto tié grasia! ¿Vives aquí?... ¡Josú, lo que es er mundo! Tan grande como parese, y toítos cabemos en un capacho...

Rafael (Trémulo.) ¿A qué has venido?

Valle (Dándose cuenta del lance.) ¡No lo quieras saber!...

Agustín (Con fingida jovialidad, a Rafael.) ¡A verte! ¿No es tu amiga?...

Rafael Don Agustín...

Agustín ¡Vamos, tonto!... ¿Vas a azorarte?... ¡Si yo me hago cargo! ¿No lo sabes? Ella temía que hubieses huído. Pero ya ha visto que no y

se marcha tranquila... (A Valle, en tono que no admite réplica.) ¿Verdad que te marchas?

Valle ¡Volandito! (A Zacarías, que le tira del vestido.) ¡No des tirones, tú, que es de glasé!

Zacarías ¡Tú sí que estás glasé, Valle... de lágrimas! ¡Vámonos!

Valle Cuando quieras... (A Rafael.) Chico, me alegro... (A Agustín.) No sabía yo...

Agustín (Despidiéndola.) Nadie sabe nada, mujer...

Zacarías (Sobre ascuas y deseando irse.) Hasta otro día... (Se van por el foro Valle y Zacarías. Agustín los ve marcharse desde la puerta. Rafael, en silencio y después de una breve vacilación, va a irse por el foro; pero Agustín le detiene, diciéndole:)

Agustín Espera... Siéntate...

Rafael (Indeciso.) ¿Yo?...

Agustín (Enérgico, aunque sin acritud.) Tú, sí... ¿No oyes?... Siéntate...

Rafael (Sentándose, acobardado.) Usted dirá...

Agustín (Que se sienta también, con mucha calma.) ¿Te ha sorprendido la visita? ¡Es natural! Lo que menos esperabas tú era encontrarte aquí con Valle la Ecijana. ¡Cuando vienen rodadas las cosas!... Pero tranquilízate. Ya te habrás dado cuenta de que Valle no venía por ti...

Rafael (Serenándose y resuelto a afrontar la situación.) Lo supongo. No había razón ninguna...

Agustín (Muy tranquilo.) ¿Le diste ya lo convenido?

Rafael ¿Qué?

Agustín Lo convenido; su parte en el negocio.

Rafael ¿Esto es un interrogatorio?

Agustín ¡De ningún modo! Esto es una conversación entre dos hombres. Porque tú eres ya un hombre, Rafaelito. Mayor de edad, dueño de tus actos, con libertad para firmar toda clase de contratos... (Subrayando mucho las frases.)

Rafael (Lívido.) ¿Por qué dice usted eso?

Agustín (Siguiendo el curso de su charla.) Te advierto que Valle es una ansiosa. La expresión quizá sea un poco cruda; pero no encuentro otra más apropiada. ¡Una ansiosa! Por eso te pregunté si le habías dado ya su parte. Si no lo has

hecho, no se la des. Esa buena moza se ha asegurado la comisión.

Rafael (Pretendiendo levantarse.) En resumen, don Agustín; usted sabe...

Agustín (Deteniéndole.) No te impacientes. Debes tener calma, porque, como te digo, ya eres un hombre. Al pronto parece que haces todavía chiquilladas; pero no; son cosas muy serias.

Rafael Y, sobre todo, son cosas mías. Usted olvida que habíamos acordado vivir en paz, no tener polémicas y ser dos buenos camaradas. Creo que ésta fué la frase de usted.

Agustín Esa fué. Te envidio la memoria. Pero vivir en paz no impide que yo te felicite por el magnífico negocio que acabas de hacer. Un negocio tan grande, que con él se te abren todas las puertas; hasta las de la cárcel.

Rafael (Irguiéndose.) ¡Don Agustín!...

Agustín (Ya más en serio.) ¡Rafaelito!... ¿Te vas a hacer de nuevas?... Lo más triste de todo será que no te hayas dado cuenta de la gravedad de tus actos.

Rafael ¿Fué a eso a lo que vino la Ecijana?

Agustín Vino a pedir su comisión.

Rafael (Asombrado.) ¿A usted?...

Agustín A mí..., porque ese dinero que te ha facilitado Zacarías, con la intervención de Valle y la influencia y los manejos de tu amigo Cabrera, es dinero salido de aquí, de vuestra casa.

Rafael (Levantándose, abrumado por la inesperada noticia.) ¿Eh? ¿Qué dice usted?... Entonces, ¿esto fué un amaño que usted preparó? ¿Fué usted el que tendió las redes para que yo cayese en ellas? ¿Todos ustedes, de acuerdo, se han unido contra mí?... ¿Qué clase de hombre es usted, y qué necedad fué la mía para no advertir la maniobra?...

Agustín Escucha, hombre, escucha. Tú mismo me das la salida... Yo podría decirte que, en efecto, esto fué una maniobra dispuesta por mí para descubrir tus andanzas... Pero no sería leal engañarte. Te has equivocado, Rafael. No hay maniobra alguna.

Rafael ¿Cómo que no?

Agustín No podía haberla, porque fué Zacarías quien, valiéndose de Cabrera, lo organizó todo. Yo me limité a dar el dinero del préstamo. No sabía que era para ti, ni que ibas a ser tú quien firmaras documentos falsos, quien presentaras una partida de nacimiento ilegal, quien fingieses una mayoría de edad que aun no tienes. Créeme que lo ignoraba, Rafael.

Rafael ¡Pero eso es mucho peor! Eso prueba que usted, con el dinero de mi madre..., ¡con mi propio dinero!, se entrega a estos vergonzosos enredos y urde las peores combinaciones... ¡Y tiene usted valor para reprocharme!...

Agustín ¿Reprocharte yo?... ¡Salvarte es lo que hago! ¿No lo comprendes? Con estos papeles (Sacándolos.) estás en mi poder. Serías mi esclavo si yo quisiera que lo fueses.

Rafael (Angustiado.) ¡Loco, torpe de mí, que no adiviné la verdad!...

Agustín ¡Cómo habías de adivinarla!... Pero no temas, hombre. Dios ha querido que este de hoy sea para mí un día de prueba... Ya no te habla el camarada, el que te alentaba en tus locuras y te reía las gracias buscando tu complicidad. Ahora te habla tu padre...

Rafael (Protestando.) ¿Usted?...

Agustín Tu padre por la ley, si no por la sangre. El que hoy tiene autoridad sobre ti, el que puede apartarte de ese camino. Que yo sé bien a qué abismos conduce.

Rafael ¡Que hable usted así, cuando fué usted quien me empujó!...

Agustín Sí, he sido yo, he sido yo... ¡Nunca sabemos el medio que escoge Dios para castigarnos! (Con una gran nobleza.) Oyeme, Rafael... Estas son mis armas... (Le muestra los papeles, que luego rompe pausada y cuidadosamente.) Ya no existen. Ya concluyó el pacto miserable que te ligaba a mí. ¡Ya eres libre! Pero ahora tengo el derecho de hablarte como nunca te hablé y de exigirte lo que nunca te exigí. Ahora

soy yo el que manda, el dueño de esta casa, el jefe de esta familia. ¡Tu padre, te repito!... El que velará por ti, el que impedirá tus ligerezas, el que pondrá freno a tus impulsos. Podía haberte emancipado... Era más cómodo, y así pensaba aconsejar a tu madre. Pero no, no puede ser... Te sujeto, te retengo, te domino. Quiero yo, yo, que he sido tan loco y tan ciego como tú, tener el orgullo de hacer de ti un hombre honrado. Saldrás de aquí; no sólo de esta casa, sino de Madrid, del mundo en que te desenvuelves, de los peligros que te cercan. Antes le temía a tu enemistad y ahora la busco. Porque antes sólo necesitaba tu simpatía y ahora exijo algo más: exijo también tu gratitud y tu cariño.

Rafael (Que ha oído en silencio, temblando de emoción y de vergüenza.) Don Agustín...

Agustín ¡No me llames así!... Pero ¿no comprendes aún, Rafael?... ¿No comprendes todo lo que ha tenido que romperse dentro de mí para que yo te hable de este modo? ¿No adivinas mi enorme vergüenza, mi espanto al ver que el horror de mi vida iba reflejándose en la vida de los que me rodean?... ¿No ves que quiero que todo, todo, concluya de una vez?

Rafael (Tembloroso, vencido, con ansia de perdonar y ser perdonado.) ¡Padre!...

Agustín (Lleno de júbilo, abrazando a Rafael y respirando a pleno pulmón.) ¡Así, Rafael!... ¡Padre!... ¡Una sola palabra, y con ella se remueve el mundo!

(Por la izquierda llega REMEDIOS.)

Remedios ¿No almorzamos aún? Es ya muy tarde. (Sorprendida ante la actitud de Agustín y Rafael.) ¿Qué hacéis? ¿Discutís?

Agustín (Risueño) ¡No!... ¡Qué disparate!. . Hablábamos ..

Remedios ¿De qué?

Agustín De negocios.

Remedios (Asombrada.) ¿Es posible? ¿Vosotros dos?...
Agustín Sí. Emprendimos un negocio juntos, para darte una sorpresa.
Remedios ¿Qué dices?
Agustín Lo que oyes. Un negocio... en el que tú ganas un hijo. (Empujando a Rafael a los brazos de Remedios.) Abrázale, mujer, abrázale, ¡que bien lo necesita! (Telón rápido.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración.

—

(Comienza este acto muy pocos días después de aquel en que se desarrollaron las escenas del anterior. Es al anochecer de un día del mes de enero. Está ya encendida la luz eléctrica del gabinete. En el centro de éste hay un baúl, en el que MARTINA coloca las prendas que le va dando REMEDIOS. Hay también en escena una maleta, un maletín, una sombrerera y un portamantas.)

Martina ¿Queda más ropa interior?

Remedios No.

Martina ¿Y calcetines y pañuelos?

Remedios Todo eso va en la maleta.

Martina Entonces, ahora, ¿qué?

Remedios El smoking. (Se lo da.)

Martina (Mientras lo coloca.) ¿También allí va a ponerse de tiros largos?

Remedios A lo mejor...

Martina Pues como en aquel dichoso pueblo tenga el niño ocasión de andar de jolgorio, usté dirá lo que se ha adelantao.

Remedios Calla y no comentes. (Va metiendo en un maletín diversos útiles de aseo.)

Martina ¡Si le parece a usté!... No sé yo a qué viene armar este belén y darnos un disgusto tan grande...

Remedios Era necesario, Martina.

Martina (Que ha acabado de poner las prendas en el baúl.) ¡A usté la han vuelto los sesos!... ¡Necesario!... ¡Vamos, que si a mí me anuncian que esto tenía que pasar, doy una carcajada que ni en el tubo de la risa!... ¿Qué va a hacer el chico en Santiago de Compostela?

Remedios Estudiar.

Martina ¡Como no estudie!...

Remedios Agustín lo ha dispuesto y el propio Rafaelito está conforme...

Martina ¡Porque al pobre chico me lo han acobardao! Lo grande es que usté, con lo madraza que es y con lo que se ha mirao siempre en sus ojos, le deje irse así, tan tranquila.

Remedios ¿Tranquila, y estoy que me ahogo? Pero tenía que ser, Martina. Había que apartar a mi hijo de estas amistades, de esta vida de holganza y de engaños en que se había metido. ¿Qué te voy a decir, si tú lo sabes tan bien como yo?

Martina Lo que sé es que esto no puede permitirlo Dios. ¿Qué será de esa criatura sin usté, sin Amalia, sin mí, sin nadie de los que le quieren de verdá? ¡Con lo mimao que está, que to hay que dárselo hecho!... A más, que como el niño se vea solo y sin ataderos..

Remedios Santiago es una población muy tranquila, y allí no hay peligro de que coja malos hábitos.

Martina ¡Claro, sí! ¡Como no coja un reuma con la lluvia! Pero, a lo mejor, nos dan el pego. Yo he visto en el «cini» esa película que la llaman «La casa de la Troya»... Un batallón de estudiantes sale allí, y ya puede usté pedir locuras, y trastás, y bullangas de día y de noche. De to hacen los angelitos, menos estudiar.

Remedios Bueno, Martina, cierra.

Martina El pico, ¿no?... ¡La de siempre!... ¡Que amargan las verdades!

Remedios ¡El baúl, mujer, el baúl! No me atosigues más.

(Por la izquierda sale RAFAEL.)

Rafael (A Remedios.) ¿Está ya todo?

Remedios Sí, hijo; ya hemos terminado.

Martina (Que ha cerrado el baúl.) Listo pa que venga el mozo por los bártulos. El atará el cofre... Toma la llave. (Entregándosela a Rafael.) Creo que va to bien ordenao. Los libros los hemos puesto en el fondo. Como no los vas a coger, por lo menos que no estorben.

Rafael ¡Tú que sabes!

Martina ¡No, si harás muy bien!... ¡Mira si yo estuviese en tu pellejo!... ¿Libritos? ¡Jajay!

Remedios ¿No callarás, Martina?

Martina No, señora, no callaré. Picadillo habían de hacerme la lengua, y ca pedazo seguiría diciendo que esto es un contra Dios. Y diga usté que yo soy tonta; que lo que tenía que hacer, viendo lo que aquí pasa, era coger el tole y marcharme.

Remedios ¿Eres capaz de pensarlo? ¿Por qué habías de irte?

Martina Por si acaso. Ponga usté que un día se levanta el amo con ganas de organizar otro viaje de recreo y me embarca a mí pa Chafarinas...

Remedios ¡Qué cosas se te ocurren!

Rafael No hay miedo, Martina. Tú no viajarás.

Martina ¿Y tú, hijo de mi alma, y tú?... ¿Qué vas a hacer tú, tan lejos de nosotras? (Llena de emoción y de ternura.) Puede que olvidarnos. Y aquí nosotras ahogás de lágrimas y sin hablar de ti, porque a na que te nombremos será esto el Niágara. (Remedios se acongoja también y Martina lo advierte.) ¿Quiere usté no hipar y aguantarse?... ¡Si no lo hubiese usté consentido!... ¡Pues hija, buena murga de despedida le vamos a dar al muchacho! (Y esto lo dice gimoteando.)

Remedios Ya veo que tú te ríes.

Martina Me río, me río... (Restregándose los ojos.) ¡A ver si una no va a tener entrañas! (En una rápida transición, va á la puerta del foro y grita desde allí.)

Angelita de los demonios, ¿quieres venir, o qué?

Rafael ¡Anda, que si me fuese a la guerra!...

Martina ¿No es pa dar gritos adonde se le ha ocurrío a ese hombre mandarte? ¡A Santiago de Compostela! ¡Ahí al lao, como quien dice! (Volviendo otra vez al foro y gritando.) ¿Vienes, tú?

(ANGELITA llega por la puerta del foro.)

Angelita Ya estoy aquí, señora. Estaba ocupada...

Martina ¡No sé qué ocupación será! To lo que tengas que hacer debiera estar ya hecho. Anda, vamos a sacar esto (Por el equipaje) al recibimiento, que el soguilla está al venir. (Cogiendo el baúl por un asa.) Ayúdame... Coge de la otra asa. (Angelita obedece.) ¡Pero levanta, chica!

Angelita (Levantando.) Es que pesa.

Martina (Mientras, con Angelita, se lleva el baúl por el foro.) Más pesas tú, que eres un plomo. ¡Reaños hacen falta, y no asadura! (Salen las dos.)

Remedios (Yendo hacia la puerta.) Cuidado, no os hagáis daño. Id despacito... (Volviéndose a Rafael.) Está que brama. ¡Las cosas que dice!...

Rafael Es natural. Me quiere mucho.

Remedios Todos te queremos, hijo. ¿Quién va a quererte más que yo?

(Vuelven por el foro MARTINA y ANGELITA.)

Martina (A Angelita.) Lleva tú la maleta y la sombrerera, que yo cogeré lo demás. (Se oye dentro un timbre.) ¿Ves? ¡El soguilla!... ¡Como que ya es casi la hora del tren!... ¡Aviva! (Se marchan las dos, llevándose el resto del equipaje.)

Remedios (Repentinamente acongojada.) ¡La hora del tren! Es verdad... ¡La hora del tren!...

Rafael (Conmovido también.) ¡Vaya, madre, no te preocupes!

Remedios (Abrazándole y casi en un susurro.) ¡Hijo!

Rafael (Abrazado a ella y como si volviera a sus ternuras infantiles.) Madre... Madre santa... Mamita bue-

na... (Hay una pausa, durante la cual madre e hijo siguen abrazados. Al cabo, con un esfuerzo, Rafael se separa y dice, procurando recobrar el ánimo:) ¡Ea!... También yo parezco tonto... ¡No me hagas caso!

Remedios ¿Serás formal? ¿Comprendes que se hace por tu bien?

Rafael Sí, lo comprendo. Da rabia; pero lo comprendo...

Remedios (Poniendo en la pregunta una gran timidez.) ¿Verdad que no le guardas rencor? (Ante el silencio de Rafael.) ¿Por qué no contestas?... ¡Habla, hijo!... Así no quiero que te vayas. Tú no eres rencoroso, no lo fuiste nunca... ¿Vas a serlo con él?

Rafael No, mamá, no.

Remedios (Tranquila.) Repítelo, y mírame a los ojos. Que yo vea en ellos que no me engañas, que no lo dices por ahorrarme un dolor.

Rafael (Sereno y firmemente, con firmeza de hombre.) Te juro que no. ¡Y esto es lo grande! Mientras me halagó, complaciéndome en todo, cada vez me sentía más lejos de él, sin rendirme a sus zalamerías. Fingía aceptarlas, claro está, y me aprovechaba de ellas para mis andanzas. Pero, en el fondo, ¡si hubieras visto qué pena y qué asco!...

Remedios ¡Hijo!

Rafael No quiero engañarte. Le odiaba, le despreciaba. Cada elogio suyo, cada palmadita en el hombro, me escocía como un insulto. Y me decía, a solas: «Eres un cobarde, Rafael. Te dejas dominar. Estás vencido por ese hombre.»

Remedios ¡Calla!... ¿Cómo podías suponer eso?

Rafael Y después de aquel día, de aquella escena en que pensé morirme de vergüenza, parece que todo ha cambiado. Me hablaba él como nunca me habló, amenazándome, y, en medio del bochorno, algo me gritaba en el pecho: «¡Si no es malo!»... Me descubrió mis locuras, y, con aquella ira que me estaba ahogando, ¡qué ganas de llorar, y de pedirle que me perdonara, y de ser su ami-

go! ¡No su amigote o su compinche de antes, sino su amigo, poniendo en la palabra lo que no sé explicarte, porque yo, y ahora me he enterado, nunca tuve un amigo bueno!...

Remedios ¡Bendito sea Dios, hijo, y qué alegría más grande me estás dando! ¿Cómo no había El de oír lo que tanto le pidió tu madre?

Rafael Luego, a cada arranque suyo, ante sus miradas, que yo no sabía si eran de enojo o de bondad, siempre la misma angustia y el mismo temblor. «Rafael se queda en casa»... Y él se iba, y me quedaba yo, y cuando quería sublevarme, la voz aquella que me sujetaba: «¡Pero si no es malo!... ¡Si tiene razón!»... «Rafael no seguirá aquí sus estudios.» «¡Es poco el castigo!...» «Rafael se va a Santiago de Compostela...» Y ya ves, me voy. Contento, no. ¿Cómo, si os dejo aquí a vosotras?... Pero convencido de que debo irme. ¿No es grande esto?... ¡Si oyendo antes a Martina quería yo protestar también, y se me ahogaba el grito en la garganta, como si Dios no me dejase hablar!

Remedios Porque no sería justo que protestases. Márchate, hijo. ¡Mira tú si es tristeza que te marches, que no sé de dónde sacaré las fuerzas para resistirlo! .. Pero márchate. Es por tu bien. Y aunque no lo fuera, él es quien lo manda.

Rafael ¿Por qué vino a esta casa? Yo no era malo, tú lo sabes. Lo fuí cuando vino él, quizá empujado por él.

Remedios (Espantada.) ¡No, eso no, hijo!

Rafael Sí, sí... Tenía yo que ser malo para que él, precisamente él, me corrigiese y me humillase. ¡Qué rabia verlo así y comprender que, con tanto como dije, él es quien tiene razón!

Remedios Pues si la tiene, no te atormentes más. ¿Por qué te empeñas en llevarte esa amargura?... ¡Ea, Rafaelito, hijo mío, no quiero que te marches así!... Has de irte animoso, sin pena. En Compostela estudiarás, concluirás la carrera... Sólo la alegría de pensar en

esto, el orgullo de que vendrás hecho un señor médico, da ánimos para la separación. Fíjate, Rafaelín. ¡Un señor médico!... Te llamaré doctor, te pondremos aquí la clínica, y a la Martina la vestiremos con un mandil blanco y una cofia, que ya verás tú si estará graciosa.. ¡Casi nada!... ¡El doctor Corrales!... Cierra una los ojos, y ya ve sobre la puerta la placa reluciente: «Doctor Corrales». (Como si hablara con un enfermo imaginario.) «Sí, señor, aquí es... ¿Está usted muy enfermo?... ¡Vaya, no se apure, que mi hijo le curará! Mi hijo es un sabio... Mi hijo vale mucho... Mi hijo es un talento...» (Y se echa a reír, para que no se le escapen las lágrimas.)

Rafael (Riendo también.) ¡Ay, madre, que pareces una chiquilla!

Remedios ¡Pues claro, bobo!... ¡Como tú!...

(Y vuelven a reír los dos, momentáneamente olvidados de todo. Sale AGUSTIN por la izquierda.)

Agustín Bueno, Rafael, cuando quieras nos vamos.

Remedios (Inmutándose.) ¿Tan pronto?

Agustín ¿Pronto? Son más de las seis y media, y el tren sale a las siete menos diez.

Remedios Pero la estación está ahí a la vuelta.

Rafael Sin embargo, cuanto antes, mejor. (A Remedios.) ¿Y Amalia?

Remedios (Con la congoja, que apenas la deja hablar.) Por ahí dentro. Voy a buscarla. (Se va por el foro.)

Agustín (A Rafael, después de una pausa.) ¿Amigos, Rafael?

Rafael ¡Amigos!

Agustín ¿Sin recelos?

Rafael Sinceramente. Pero cuide a mi madre... Y de lo de mi hermana...

Agustín De eso no te preocupes. Yo lo arreglaré.

Rafael ¿Cómo podrá arreglarlo? Pepe Cabrera es...

Agustín (Atajándole.) No. Pepe Cabrera es como tú: un loco; pero hay buen fondo. A él también le corregiremos. (Tomándolo a broma, para disimular su emoción.) No irá a Santiago; se casará,

que viene a ser lo mismo. ¡Lo sé por experiencia!

(Vuelve por el foro REMEDIOS, acompañada de AMALIA. Esta corre a abrazar a Rafael.)

Amalia ¡Rafael!... ¡Hermanito!...

Rafael ¡Amalia! (Queriendo hacerse fuerte.) Tonta, ¿vas a llorar?...

Agustín ¡Ea, ea, sin lágrimas!... ¡Y de prisa! (Procurando animar a todos con su jovialidad.) Las despedidas, como los cigarros puros: cortas y suaves. Cuando son largas y fuertes, hacen daño.

Remedios (Que se ha unido al grupo formado por Amalia y Rafael.) Tiene razón Agustín... (Acaricia a sus hijos y lentamente los va llevando hacia la puerta del foro. Habla con la voz rota por la emoción; pero en un gran esfuerzo, logra conservar su noble entereza maternal.) ¡Ni que fuera esto una catástrofe! ¡Cuántos chicos no se marchan a estudiar más lejos! Mira si mandásemos a Rafael a Alemania, o a Bélgica, o a los Estados Unidos... Porque, claro, también pudo ir allí... Y entonces, hijos, entonces...

(Así se van Remedios, Amalia y Rafael, por la puerta del foro. Agustín los ve marchar en silencio. Hace un gesto de contrariedad y resignación y sale detrás de ellos. Hay una pausa, cuya duración marcará el director de escena. Luego, llega por el foro MARTINA, que viene secándose los ojos con el pico del delantal.)

Martina (Al salir, lloriqueando.) ¡Ya va satisfecho! ¡Ya se queda a sus anchas!... ¡Lástima que una no tenga agallas!...

(Por el foro salen también REMEDIOS y AMALIA, que, como ya no tienen que disimular su aflicción, vienen llorando en silencio. Se dirigen hacia el balcón de la derecha, que abre Amalia, y se asoman al exterior.)

Remedios (Desde el balcón.) ¡Hijo!... ¡Adiós, hijito!...

Amalia ¡Que escribas, Rafael! ¡Que no seas perezoso!

Martina Eso. ¡Ahora, la pulmonía! ¡Al balcón, con el frío que hace!... ¡Quítense ustés de ahí, criaturas!

Amalia (Que agita su pañuelo, despidiendo al que se va.) ¡Pues no me quito!

Martina ¡Bien contestao!... Mírala, despidiendo al chófer... Porque no pretenderás que el chico te vea desde dentro del taxi.

Remedios Anda, Amalia, éntrate ya.

Martina No, déjela, que si agarra un pasmo, ella será la que lo sude. (Amalia sigue agitando el pañuelo.) Di que sí; mueve el pañolito, hija, que se ha dormío el de los timbales. (Variando de criterio, va al balcón con mucho ímpetu, agarra de un brazo a Amalia y la hace entrar.) ¡Se acabó! ¿No has oído a tu madre? ¡Vamos para dentro! (Cierra el balcón muy briosamente.)

Amalia ¡Ay, hija, qué modales!

Martina ¡Los que quiero!

Remedios (A Martina.) Tampoco es para ponerse así. Ya se nota que están los nervios de punta.

Martina (Deseando desahogarse con alguien.) ¡Menos los de usté!... ¡Bendita sea su calma! Ni a la estación la dejan ir, y tan a gusto se queda. ¡Le digo a usté!...

Remedios ¿Para qué íbamos a dar allí un espectáculo? Ya ha ido Agustín.

Martina ¡Eso! Yendo el civil, ¿qué falta hacemos los demás? Pues si yo no he ido, fué también por no dar un espectáculo; pero de otra clase.

Remedios ¡Habla, hija, habla hasta que se te seque la lengua! ¡Válgame Dios, lo que tiene una que aguantar!

Martina Lo que se ha hecho con Rafael es un abuso. Don Agustín no es su padre, ni tiene mando en él. Quien manda es usté. Y la Amalia. Y yo, ¡qué canastos!

Amalia ¿Tú también?

Martina ¡Yo, sí!... ¿Qué pasá?... ¡Yo, yo, yo! Mendita, la escarolera. ¡Vamos!... ¡Es muy fuerte, Señor! Pelee usté con el chico; pase el sarampión con él; aprenda usté el catón pa que;

con la risa y la broma, lo aprenda él también; déle usté pa los primeros pitillos; sise usté en la compra—porque sí, señora, he sisao; ¿qué hay con eso?—, pa que él tenga la corbata bonita y el pañuelo de pollo pera. Y, de repente, a coger al muchacho, a meterle en el tren, a quitarle de aquí y a que se pudra con lo que va a lloverle encima. Y a la Martina, ¿quién le dice na?... Pero, ¿qué pinta aquí la Martina? ¡Pues sí pinto! ¿O es que na más está una por los doce duros al mes, que ni de cobrarlos me acuerdo?...

Remedios ¡Qué afán tienes de enredar las cosas!

Martina Los demás son los que las enredan, no una. Bien tranquila estaba yo, sin meterme en na, y eso que veía to el desbarajuste de la casa. ¡Y mire usté cómo se vino a romper la soga por lo más delgao: por el pobre Rafaelito, que es un infeliz!

Remedios ¡Ríete de los infelices, Martina!

Amalia Déjala, mamá. ¡Si va a resultar que ella es la única que quiere a Rafael!...

Martina ¡Ea, ya saltó el comino alborotao! Pues a lo mejor has dicho la verdá más grande de tu vida .. ¡La única que le quiere!... Por las muestras, así es.

Remedios ¡Vaya, no digas disparates! ¡Hace falta paciencia para oírte desbarrar de ese modo!

Martina ¡Claro!... El que se pica, ajos come... Usté querrá mucho al chico; però ya se ha visto lo que ha hecho usté pa impedir que ese hombre se lo lleve adonde mi abuelo perdió el gorro. ¡A Compostela!... ¡Ni que fuera un pelegrino!...

Remedios Sí, mujer; a Compostela o a donde hubiera hecho falta. Tú, como no sabes, charlas de más. ¡Tanto presumir de lista, y luego no te das cuenta de las cosas, aunque las tengas en las mismas narices!

Martina (Sin comprender.) Bueno, pero que talmente me está usté hablando en ruso.

Amalia Eso es lo que te dicen: que no te enteras.

Martina (Impetuosa.) ¿Te has enterao tú?

Amalia A lo mejor.

Martina ¡Pues yo, no! (A Remedios.) Y puede usté hablar claro, que no tiene gracia esto de quedarse en ayunas.

Remedios Lo que yo te digo es que nunca se acierta dónde está el verdadero cariño. Mucho quiero yo a mis hijos; mucho los quieres tú... ¡Pues a saber si entre las dos hemos estado a punto de hacerlos desgraciados!

Martina ¡Anda, por dónde salimos ahora!... Pero ¿qué está usté hablando?

Remedios Que, a fuerza de quererlos, estábamos ciegas y no veíamos el daño que podían sufrir. Y Agustín, en cambio...

Martina (Sin poder contenerse.) ¡Ya apareció aquello!

Remedios ¿No ha de aparecer, si es el único que ha visto claro?

Martina ¡Pues que Santa Lucía le conserve la pupila!

Remedios Mejor que Agustín, y antes que él, sabíamos tú y yo que Rafael andaba descarriado. ¿Vas a negarlo?.. Tú, tapándole las faltas, y yo, fingiendo que no las veía... ¿Quién nos hubiera dicho que hacíamos mal?... Y... ya ves, Martina. Fué necesario que viniese Agustín, para que, con su experiencia, comprendiese el peligro. ¡Era muy cómodo reírle las gracias al niño y alentarle en sus travesuras!

Martina ¡Eso no, que bastante le tengo yo regañao!

Remedios Pues con tus regaños y los míos... ¡estábamos listas las dos!

Martina Bueno, es que, oyéndola, cualquiera pensaría que el muchacho ha cometío un crímen divirtiéndose...

Remedios No tanto, mujer; pero... ¡bien está en Compostela, créeme!

Martina ¡Virgen de la Almudena, cómo han tenío que cambiarle a usté el juicio pa que diga eso!

Remedios Ya ves si lo digo, mujer.

Martina ¡Pa lo que falta, añada usté que Rafaelito se echaba a los caminos con un trabuco!

Amalia (Protestando.) ¡No, hija; eso, no!

Martina ¡Sí, hija, sí! ¿Pues no oyes a tu madre?

Remedios A la única que se oye en esta casa es a ti.

Martina ¡Más quisieran!... En fin; por mí, que le levanten a don Agustín una estatua!

Remedios ¡A saber si se lo merece!

Martina ¡Pues, andando! Que llamen a Benllure. ¡Y la primera piedra, la mía! ¡Na más le pido a Dios que me dé un poco de tino! (Y se va por el foro, muy sofocada.)

Remedios (Reprendiendo a Martina, aunque ésta ya se ha ido.) ¿Ves? ¿Ves cómo disparatas?

(Por el foro llegan AGUSTÍN y PEPE.)

Agustín (En la puerta, haciendo pasar a Pepe.) Pase usted, se lo ruego, amigo mío. ¿Se iba usted a ir sin saludarlas? (A Remedios y a Amalia.) Mirad qué visita os traigo.

Amalia (Apenas ve a Pepe, en un grito que se le va del alma.) ¡Ay, mamá, Pepe!...

Remedios (Extrañada.) ¿Cómo?... ¿Es usted, Cabrera? ¡Qué sorpresa más agradable!

Pepe (Que avanza y saluda.) ¿Cómo está usted, doña Remedios?... Amalia...

Amalia (Aceptando con gran displicencia la mano que le tiende Pepe.) Hola.

Agustín (Por Pepe.) Estaba en la estación. Había ido allí a despedir a Rafaelito, que, si nos descuidamos, pierde el tren.

Remedios (Impaciente.) ¿Qué?... ¿Cómo iba?

Agustín ¿El tren?... ¡Lleno!

Remedios ¡No, hombre! Digo Rafael...

Agustín ¡Cómo iba a ir!... Tranquilo y con muy buenos proyectos. ¡Así que no vale nada el mozo!... Pepe lo ha visto... Y yo me he traído a Pepe a casa, aunque él se resistía.

Amalia ¡Mira qué lástima!

Pepe (Que está visiblemente azorado.) No; resistirme, no. Es que comprendía que, en estos momentos, las visitas son más bien un estorbo.

Remedios ¡No diga eso! ¿Estorbar usted?...

Amalia ¡Cuando él lo piensa!...

Pepe (A Amalia.) Lo que yo pienso es que estarás afligida por la ausencia de tu hermano.

Amalia Ya ves. Esto es según nos coge. Unas ausen-

cias, la de Rafael, por ejemplo, me dejan desconsolada. Y otras, en cambio, no me dan ni frío ni calor.

Agustín (A Remedios y a Amalia.) Ya le he dicho a Pepe que en nuestra casa se le acoge siempre con el mismo afecto.

Remedios ¡Naturalmente! ¡No faltaba más!

Pepe ¡Muy agradecido! Sin embargo, Amalita ..

Amalia ¿Yo? ¿No te he dicho que ni frío ni calor?...

Agustín (Jovial.)¡ La fierecilla! ¡La fierecilla!

Pepe (Acercándose a Amalia.) Yo quisiera explicarte...

Amalia (Esquivándole.) No te acerques, que empiezo a sentir el fresco.

(ANGELITA se asoma a la puerta del foro.)

Angelita Señor: ese amigo de usted, don Zacarías, quiere verle.

e medios (Alarmada.) ¡Adiós! ¿Nube negra? ¡Tormenta segura!

Agustín (A Remedios.) ¡Qué odio le tienes!

Remedios Nunca trae nada bueno. ¡No le recibas!

Agustín (Indeciso.) El caso es que...

Angelita (A Agustín.) Viene con él otro caballero...

Agustín ¿Otro caballero?... ¡Será uno!

Angelita Este es así, bien fachado...

Agustín No te fíes de las fachas, Angelita... En fin, diles que pasen. (Se va Angelita y Agustín dice a Pepe:) Usted me permitirá...

Pepe Yo me marcho.

Agustín ¡No se vaya usted! Hágalas compañía por ahí dentro, mientras yo despacho a los visitantes.

Pepe Como usted quiera. (A Amalia.) Aunque si te enoja, Amalita...

Amalia (Que se marcha hacia el foro y que está deseando que Pepe la siga.) ¿Enojarme? ¡No, hombre, no! Basta que lo mande el jefe de la casa... (Se marcha.)

Pepe Siendo así... (Se va detrás de ella.)

Remedios (Sola con Agustín, por Pepe, y a media voz.) ¿Cómo le has traído?

Agustín Algún día había de ser.

Remedios Pero no habías prevenido a Amalia, y ya ves cómo le recibe.

Agustín ¡Que se arreglen! ¿No habíamos quedado en que le quiere?... Anda, ve con ellos... Necesitaba aquí a Pepe, y me ahorró el trabajo de ir en su busca.

Remedios No te comprendo.

Agustín (Impaciente) Ya me comprenderás... Anda, Remedios... (Se va Remedios por el foro, y Agustín, advirtiendo que llegan los visitantes, murmura:) Ahora, a poner las cartas boca arriba... ¡Y que salga la tuya, Agustín!

(Avanza hacia la puerta del foro, en el momento que llegan por allí ZACARÍAS y DON JOSÉ CABRERA DE ARMENTEROS, BARÓN DE HINOJOSA DE LA SIERRA. Hay que dar a este personaje todos sus títulos, y ni aun así se dará idea de su empaque altivo y engolado. Tiene el aspecto de esos viejos hidalgos de gotera que lo han perdido todo, menos la altanería. Barba en punta y canosa, grave gesto de prócer, ropa obscura y pasada de moda. Esto, en lo externo. En lo interno..., ¡vaya usted a saber de qué episodio de la «Picaresca» procede el señor de Hinojosa!)

Zacarías (En la puerta, cediendo el paso a Cabrera.) Entre, don José, hágame el favor.

Agustín (Ya en su papel de hombre de lucha y de presa, que va a jugar una partida empeñadísima.) Adelante, señor barón de Hinojosa de la Sierra .. (Extremando el respeto, en el que hay chispazos de ironía.) No podía yo imaginarme este honor.

Cabrera (Avanzando.) Supe que deseaba usted hablarme...

Agustín Pero yo le hubiese visitado... (A Zacarías.) ¿Tú no le explicaste?...

Zacarías ¡Naturalmente! Sólo que él...

Cabrera Es igual. No tiene importancia... (Lo dice mientras, con su aire impertinente de gran señor, escudriña la habitación en todos sus detalles.)

Zacarías (Aparte a Agustín, excusándose.) Se empeñó, chico, se empeñó...

Agustín ¿Leyó mi carta?

Zacarías ¡Pues claro!... Y ya no me soltó hasta que lo traje. A lo mejor he metido la pata, pero...

Agustín (Muy satisfecho.) ¡Al contrario, «don Sacarás»!... (En voz alta, a Cabrera.) Siéntese, hágame el obsequio... (Cabrera lo hace así.) Aunque su visita es para mí una gran honra, lamento que se haya molestado.

Cabrera No se inquiete... Vale más que hablemos aquí. Sospecho que en su casa estaremos más tranquilos, porque en ella habrá más hábito de tratar asuntos como el que tenga usted que plantearme.

Agustín En realidad, no vale la pena. Crea usted que se trata de una pequeñez.

Zacarías En fin, ustedes se quedan hablando, y yo...

Agustín Y tú te quedas oyendo, querido Zacarías, porque es posible que esto te interese. (Zacarías hace un gesto de resignación y se sienta. Agustín dice a Cabrera:) Supongo, señor barón, que, aunque usted no se preocupa de cuestiones baladíes, algo habrá oído... Se trata de unos amores de su hijo Pepe.

Cabrera Sí, creo recordar... Además, la carta de usted...

Agustín Exactamente.

Cabrera ¿Qué quiere usted que le diga? Mi hijo es un botarate que olvida con frecuencia su rango.

Agustín ¡Lo que yo pienso, señor!...

Cabrera Supe que andaba enredado en unos amoríos... Comprenderá usted que no iba yo a perder el sueño. Unicamente, por si él lo perdía, me limité a advertirle que tuviese en cuenta que era un Hinojosa...

Agustín (Ponderativo.) ¡Y de la Sierra! ¡Hizo usted muy bien!

Cabrera (Al que desconcierta un poco la aprobación de Agustín.) Eso creo... Mi hijo rabió un poco. Es voluntarioso, le gusta hacer su voluntad. ¡Aire de familia! Sospecho, sin embargo, que ha comprendido lo razonable de mi consejo y que lo ha seguido sin más protestas.

Agustín ¡Oh, seguro!...

Cabrera En fin, usted sabe de esto más que yo... En la esquela que me ha llevado... (Indicando a Zacarías, como si ignorase su nombre.)

Zacarías Zacarías Locatello, para servirle.

Agustín No, no; habla claro, que así no va a recordarte. «Don Sacarás lo que puedas». Por este nombre es más conocido.

Zacarías ¡Caramba, Agustín!...

Agustín Conviene que no nos despistemos. (A Cabrera.) De «Don Sacarás» sí habrá usted oído algo...

Cabrera (Que, pese a su displicencia aparente, está dominado por la inquietud.) Acaso... No sé...

Agustín Ustedes, los hombres de alcurnia, como viven siempre con tantas preocupaciones, suelen ser desmemoriados. A mí tampoco me ha reconocido el señor barón.

Cabrera Ciertamente que no. Y su nombre, además...

Agustín ¡Figúrese usted!... ¡Agustín Menéndez! ¡Eso no dice nada! Otro nombre tenía...

Zacarías (Haciéndole un guiño, como para atajarle.) ¡Agustín!...

Agustín (Fingiendo una gran ingenuidad.) Ese ya lo he dicho. Me refiero al otro, al de guerra..., cuando yo daba guerra. ¡«Manos de plata»! (A Cabrera.) Suena bien, ¿no? Como una leyenda de blasón...

Cabrera (Sonriendo con leve desdén.) Es curioso...

Zacarías (Admirando a Agustín.) ¡Es un cínico!

Agustín Imagínese usted dos raquetas, una sota de baraja española y una dama de baraja francesa en campo de sinople... Magnífico escudo, ¿verdad? Y, al pie, el mote: «Manos de plata, rey en chirlata».

Zacarías (Aparte.) Bueno, es el amo. ¡Hasta aleluyas hace!...

Cabrera Sería notable. Tiene usted muy buen humor...

Agustín Claro que este blasón no podría competir con el de ningún noble, más o menos auténtico. El de usted, por ejemplo, aun tratándose de un título ya extinguido. ¡Her-

moso escudo! ¿Y la leyenda?... (Recitando con mucho énfasis.)

«Non fizo a Cabrera
el rey de Aragón.
Reyes non me facen,
que los fago yo.»

(Se vuelve hacia Zacarías, muy ponderativo.) ¡Qué admirable y soberbia frase! (Zacarías hace maliciosos gestos de asombro.)

Cabrera Si he venido sólo a convencerme de que conoce usted la Heráldica... (Va a levantarse, y Agustín le contiene.)

Agustín Un momento... Yo conozco la Heráldica y conozco otras muchas cosas. Usted, en cambio, señor Cabrera de Armenteros, las desconoce casi todas... y me desconoce a mí.

Cabrera ¡Caballero!

Agustín ¡Eh! ¡Déjese de bromas, que yo no soy caballero! ¿Ve usted cómo me desconoce? Pero cálmese, que va a conocerme. Soy «Manos de plata», ya se lo he dicho. Si no fuese usted débil de memoria, recordaría a aquel *croupier* del Club que tenía siempre una sonrisa comprensiva para el hidalgo venido a menos que recogía las posturas olvidadas; vamos, que «levantaba muertos».

Cabrera (Que se ha puesto lívido.) ¿A qué viene esa historia?

Agustín Por si usted no la recordaba. Este (Por Zacarías.) sí la recordará.

Zacarías (Azoradísimo.) Yo, la verdad...

Agustín Sí, hombre. ¡Tienes que acordarte!... Aquel señor que llevaba en el dedo un brillante magnífico... y te lo pignoró una noche... ¡Con qué interés lo examinaste tú!... ¿No caes?

Zacarías (Mirando a Cabrera con muy mala sangre.) ¡Sí, sí! ¡Vaya una alhaja!

Agustín ¿El brillante? ¡Estupendo!

Zacarías ¡El señor! Me dió el cambiazo en un abrir y cerrar de ojos.

Agustín Distracciones, «Don Sacarás». Otra vez el

hidalgo tuvo la humorada de hacer que le descontaran en la caja del Club un cheque que resultó falso... ¿Qué culpa tenía él? Pues le hubieran expulsado si unas manos... de plata no le hubieran proporcionado el dinero para reponer aquella cantidad..., guardándose el cheque por lo que pudiera servirle.

Zacarías (Aparte.) ¡Huy, qué tortazo nos va a dar!

Cabrera (Descompuesto.) ¡Sería con su cuenta y razón!

Agustín Si llamamos «cuenta y razón» a las barajas marcadas, desde luego. Fueron a medias en el negocio.

Cabrera (Que está violentísimo.) De haber yo sabido que éste era el objeto de la entrevista...

Agustín ¡No! Estas son cosas viejas, que gusta evocar por lo pintorescas y divertidas... Yo quería hablar con usted para felicitarle por esa decisión de impedir que su hijo se ligue a una mujer que no sea de su rango.

Cabrera Nadie me discutirá este derecho.

Agustín ¡En absoluto! Pero hay que vigilar a ese mozo, que no en balde es un Hinojosa...

Zacarías (Interrumpiéndole, muy malicioso.) ¡Y de la Sierra!

Agustín (A Zacarías, también con mucha malicia.) ¡Oh! La astilla sale del palo...

Cabrera ¿Qué habla usted?

Agustín Que hay que vigilar, que hay que vigilar... La juventud es alocada y no sabe nunca lo que hace... Lo mismo que se conservan una baraja con señales y un cheque falso, suelen conservarse otros documentos de la misma falsedad... Un muchacho puede utilizar la influencia de su noble padre y procurar, a quien las necesite, partidas de nacimiento ilegítimas, fes de vida contrahechas, hasta papeles de quintas extendidos a nombres fantásticos... Y si un aficionado a las rarezas guarda todos esos legajos... ¿Comprende usted?

Cabrera Lo que comprendo, señor Agustinillo, «Manos de plata»...

Zacarías (Asustado.) ¡Ahora es!...

Agustín (Satisfecho, a Zacarías.) ¡Ya, ya va recordando!

Zacarías ¡Oye, tú!...

Agustín No te asustes... La mano generosa del hidalgo nos protege a todos.

Cabrera (Iracundo.) ¡Esto ha sido la encerrona clásica!

Agustín ¡Por favor!... ¿Puede usted pensar eso?... ¡Si ha venido usted aquí por su gusto!... Y yo se lo estimo, señor barón, porque de esta manera he podido aplaudir su energía para con su hijo. No me agradezca usted el aplauso. Hay algo de egoísmo... También a mí me asustaba ver descarriarse a Pepe, que es un gran muchacho... Porque, mientras andaba en devaneos, se olvidaba Pepito de una mujer modesta, sencilla, buena..., no digamos que digna de él, pero dispuesta a sacrificarse y parecerlo.

Cabrera ¿Y esa mujer?...

Agustín Esa mujer está aquí, en mi casa. No, no tema usted; no es la hija de «Manos de plata». Es la que ha ayudado a redimir a «Manos de plata», y la que redimirá a Pepe Cabrera de Armenteros. Hay algo en nosotros, hasta en los más ruines, que permite esperar la redención, si una mujer se lo propone.

Zacarías (Aparte.) ¡Nada! ¡Ya está preparando la boda!...

Agustín (Firmemente, en tono que no admite réplica, y dando ya por hecho lo que dice.) Pepe no es malo, y yo no vacilo en entregarle a esta niña que le ha de salvar. Así hago una buena obra con su hijo, y sé que le doy a usted una gran alegría.

Cabrera ¡Esto es gracioso! Lo tiene usted todo resuelto, y sin contar conmigo...

Agustín No lo creí necesario... (Volviéndose a Zacarías.) ¿Verdad que no? (Zacarías asiente con cómicos aspavientos.) Los chicos se quieren. Amalita, por su buena fortuna, no necesita esperar a que Pepe se cree una próspera situación económica... Esto es muy interesante, no lo olvide usted... Y yo, si no puedo darles otra cosa, les daré consejo y les ofreceré, como regalo de boda, todos los papeles de

mi archivo. ¿Se ha dado usted cuenta? (Subrayando la frase.) Todos los papeles...

Cabrera Pero... ¿y si yo?...

Agustín (Repitiendo más lentamente.) Todos los papeles...

Cabrera (Vencido.) Si ha de ser así, ¿qué remedio queda?

Zacarías (Aparte.) ¡Ya es suyo, ya es suyo!...

Agustín ¡Hay que sacrificarse por los hijos!... Como a una hija quiero yo a Amalia, y estaba seguro de que nadie, ¡nadie!, se opondría a su felicidad. (Zacarías se ha puesto a examinar algunos cachivaches de los que hay sobre la mesita. Agustín, alarmado, se interrumpe para mirar con severidad a Zacarías. Este se aparta, disimulando, y Agustín prosigue.) Usted también la ha de querer. Voy a presentársela y a notificarle el alto honor que usted nos hace solicitando su mano para Pepe.

Cabrera (Con un cobarde gesto de renunciamiento.) Estoy a sus órdenes.

Agustín (Acercándose a la puerta del foro.) Amalia... Remedios... Venid un momento... Y usted también, Pepe...

(Mientras Cabrera permanece pensativo y como abrumado, Zacarías le saluda de lejos, muy risueño. Por el foro, llegan REMEDIOS y AMALIA, seguidas de PEPE. Este se queda inmóvil al ver a su padre.)

Remedios ¿Qué querías? (Saludando a Cabrera y a Zacarías con una inclinación de cabeza.) Buenas noches.

Agustín Pasad... (A Remedios.) Voy a presentaros... (Por Zacarías.) A este danzante ya le conocéis... (A Cabrera.) Mi esposa... Su hija Amalia. (A éstas.) Don José Cabrera de Armenteros, barón de Hinojosa de la Sierra, padre de nuestro amigo Pepe...

Remedios (Estupefacta.) ¿Qué dices?

Amalia (Junto a su madre.) ¡Mamá!...

Cabrera (En una solemne reverencia.) Señora...

Agustín (Por Cabrera, a Remedios.) Vino con Zacarías... A propósito, Remedios. Tus pronósticos fallan.

Remedios (Volada.) ¡Vamos, Agustín!...

Agustín No ha habido tormenta. No ha habido, para nosotros, más que el placer de que el barón de Hinojosa nos visite y la honra de que me anuncie que pedirá la mano de Amalita para su hijo Pepe..., este pícaro que nos había ocultado la noticia.

Pepe (Acudiendo a Cabrera, trémulo de emoción y gratitud.) ¡Padre! (Le abraza, y Cabrera le dice, resignado:)

Cabrera Ya ves, hijo... ¡Venciste tú!

Remedios (A Agustín.) ¿Pero es posible?

Agustín (Con un gesto de alegre picardía y agitando las manos.) ¡«Manos de plata»!...

Zacarías ¡Este Agustín tiene un talento que no cabe en la cabeza! (Y aprovecha su entusiasmo para guardarse, con el mayor disimulo, un cenicero de plata que hay sobre la mesa.)

Agustín (A Amalia, que, junto a su madre, permanece como abstraída.) Ven aquí, cieguecita, ven aquí, y no estés tan callada, que aún no sé si acerté con tus deseos.

Amalia (Abrazándole, en una explosión de entusiasmo.) ¡Don Agustín, don Agustín!...

Agustín (Satisfecho.) Sí, ya veo que he acertado. (Llevándola junto a Cabrera y Pepe, dice al primero:) Aquí la tiene usted. Ella hará feliz a Pepe.

Cabrera No lo dudo. Tiene ojos de buena.

Agustín Lo peor son los ojos.

Pepe (Loco de júbilo.) ¡Amalia! ¡Mi Amalia! (A su padre.) ¡Mírala, padre! ¿Cómo iba yo a renunciar a ella?

Agustín (A Amalia.) ¿Estás contenta?

Amalia ¡Gracias a usted! ¡Ahora sí que fué usted como mi padre!

Agustín Poco tiempo he de serlo. Tu padre será nuestro hidalgo don José... (Por Cabrera.) Pero no te preocupes, que entre él y yo no hay gran diferencia.

(Mientras siguen hablando, Remedios pregunta a Zacarías.)

Remedios ¿Qué es lo que ha hecho este hombre?

Zacarías (Entusiasmado.) ¡Una faena magna!... Del Califa en sus buenos tiempos. Empapando.

mandando, templando, castigando... (Remedios le oye con asombro y sin comprender lo que dice.) ¡Y con qué enemigo!... ¡De Miura! Incierto, reservón, quedándose en el viaje .. Y un buen mozo, ¿eh? ¡Chorreao en verdugo!...

Remedios (Sin poder ya contenerse al oír lo de verdugo.) ¡Ay, bueno, por Dios, bueno, que no le entiendo a usted ni una palabra!

Pepe (A Amalia.) Vienes ahora con nosotros... Conocerás a mi madre, a mis hermanas. ¡Que todos sepan esta gran alegría! (A Agustín.) ¿Verdad que usted la deja?

Agustín ¿Yo? Si quiere su madre...

Remedios ¿Qué es?...

Cabrera (A Remedios.) Señora, que nos la llevamos. Se empeña éste, (Por Pepe) y en casa tienen también curiosidad...

Remedios Siendo así... (A Amalia.) ¿Tú qué dices?

Amalia (Como un rayo.) ¡Que verás qué pronto estoy arreglada! (Y se va a toda prisa por la izquierda.)

Agustín (A Cabrera, dándole una palmada en la espalda.) ¡Bien, señor de Cabrera! ¡Es la vida!... Envejecemos.. Ellos nos pueden, nos derro tan... ¡Qué le vamos a hacer!

Cabrera (Mirándole con un rencor al que se mezcla la admiración) Exactamente. A mí .. y a usted nos han derrotado.

Agustín (Con su simpático cinismo.) ¡La juventud! ¡La juventud!...

Amalia (Que vuelve a salir, poniéndose el abrigo y el sombrero.) ¡Ea, cuando quieran! (Besando a su madre con verdadero ímpetu.) ¡Mamá! ¡Madrecita!...

Remedios ¡Ay, que estás loca! (Rebosante de amor maternal.) Anda, hija, anda.

Cabrera (Despidiéndose de Remedios.) Señora, apenas si ha habido tiempo... Su marido lo ha dicho todo... Pero ya vendremos más despacio, y...

Remedios Así lo espero. Yo iré a saludar a su esposa y a sus hijas. Déles mis recuerdos...

(Amalia y Pepe han salido ya por el foro, ajenos a lo que no sea su ventura. Detrás salen Remedios y Cabrera. Los sigue Agustín, al que, ya en la puerta, detiene Zacarías. «Manos de plata», escamado, exami-

na los muebles para ver si falta algo de ellos, y «Don Sacarás», disimulando, se sacude la americana y se golpea los bolsillos.)

Zacarías ¡Ay, Agustinillo, qué rato me has hecho pasar!...

Agustín ¿Por qué?

Zacarías ¡Figúrate! ¡Si llegas a utilizar esos papeles!...

Agustín ¡Anda, estúpido! ¡Pues no hace tiempo que rompí los papeles!... Nos comprometíana todos... (Zacarías le tiende la mano y Agustín le mira extrañado.) ¿Qué quieres? Dinero no hay...

Zacarías No, hombre, Agustín... Darte la enhorabuena.

Agustín ¡Gracias, «Don Sacarás»!

Zacarías ¿Y yo?...

Agustín ¿Tú? ¡Libre! Para todos se han roto los papeles.

Zacarías Entonces, tus negocios...

Agustín Este ha sido el último. Vuelve a tu Matatías, «Don Sacarás». Ya ves que yo no sirvo.

Zacarías ¿Cómo no has de servir? Di que no quieres... Y, mira, haces bien... ¿Puedo abrazarte?

Agustín ¿No vas a poder? (Abrazándole.) Si, de todos, quizá seas tú el mejor...

Zacarías ¡Adiós, Agustinillo! (Hipando, emocionado.) ¿Ves? ¡No puedo!... Digas tú lo que digas, yo soy un sentimental... (Sacando del bolsillo el cenicero de plata que se guardó y devolviéndoselo a Agustín.) Y la prueba es que... toma esto que me llevaba. (Y se va por el foro. Agustín examina el cenicero y murmura, con su gesto de hombre comprensivo.)

Agustín ¡Siempre «Don Sacarás»!... (Queda silencioso y va a sentarse en un sillón, en un triste gesto de abandono.)

(Vuelve REMEDIOS y acude a él, llena de alegría.)

Remedios ¡Bendígate Dios, Agustín! Dices que fuiste malo; pero tu maldad sirvió para traer la paz a esta casa, le felicidad a mis hijos. ¡Bendígate Dios!... ¿No viste lo contenta que iba Amalia?

Agustín Es natural, Remedios. (Luego de una pausa.) ¿Se fueron todos?

Remedios Sí. Ya estamos solos.

Agustín Fíjate... ¡Solos! Y, pronto, para siempre... Esto es lo que hice yo: quitarte a los hijos.

Remedios Es verdad... Pero ¿y lo que has hecho por ellos?

Agustín Por ellos, no. ¡Por ti! (Con graciosísima timidez, que contrasta con su desenfado habitual.) Porque te quiero... Yo no sé hablar de estas cosas, ni está bien que ahora nos pongamos grotescos. Sin embargo, resulta que te quiero...

Remedios (Risueña y azorada.) ¡Vamos, hombre!...

Agustín Mira por dónde llega el amor... Tantos años buscándolo y tantos años rehuyéndolo... Y ya ves, cuando no se esperaba... ¿Quién sabe los caminos que sigue el amor para encontrarnos?...

Remedios ¿Qué te pasa, Agustín?

Agustín Perdóname... No sé... ¡Vejez!... Que hoy ya me encuentro viejo... Definitivamente viejo... El amor vino tarde... No puede ya alentar nuestras ilusiones...

Remedios Pero nos ha permitido satisfacer las de los demás.

Agustín Sí. ¡Que amen ellos!... Para nosotros, el sosiego, la vida quieta, la casa en orden; aburrirnos juntos, pelearnos poco, hablar menos... ¡Vejez, créeme, vejez! Y a la vejez... ¡viruelas! (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA

Madrid, julio 1929.

Obras teatrales de Francisco Serrano Anguita

El padre, drama en tres actos. (*)

El silbido fatal, drama policíaco en cuatro actos. (*)

El divino pecado, comedia en tres actos. (*)

La dama del antifaz, comedia policíaca en cuatro actos. (*)

La alegría de los otros, comedia en tres actos. (*)

El último episodio, comedia en tres actos.

Corte y cortijo, comedia en tres actos. (*)

En el llano, drama en tres actos. (*)

Grano de mostaza, comedia en tres actos. (*)

El celoso extremeño, comedia en tres actos.

El aire de Madrid, comedia en tres actos.

Todo el mundo futbolista o Manuela y su conquista, entremés en verso, con música del maestro Guerrero.

La simpatía, comedia de costumbres, en tres actos.

La pájara, comedia en tres actos.

El alma del negocio, comedia en tres actos.

Las hijas de Merino, comedia en tres actos.

La Petenera, poema dramático en tres actos, en verso. (*)

«*K. O.*», comedia popular en tres actos, en verso.

Manos de plata, comedia en tres actos.

(*) En colaboración.

Sociedad de Autores
Españoles: Prado, 24

4 pesetas